TEMAS SEXUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

las grandes aberraciones

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

37

A. MARTIN DE LUCENAY

LAS GRANDES ABERRACIONES

El gran sádico Gilles de Rais.—El vampirismo.—La necrofilia.—Perversos criminales.—La escatofagia.—Los inquisidores.



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
NOVIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Vamos a referirnos en este volumen a las más violentas y extremadas expresiones de la perversión sexual, final de la cadena de múltiples eslabones que empieza en las manifestaciones absolutamente normales del sexo y acaba en las más espantosas violaciones de la ley humana y de las leyes naturales como consecuencia lógica.

Conocidas ya todas las perversiones analizadas detenidamente en los ocho volúmenes anteriores, nos resta estudiar las formas más graves que ya entran de lleno en el área de la psiquiatría y de la antropología criminal. No obstante, se observa que entre aquellas manifestaciones algolágnicas normales y estas otras que vamos a ver, no existe solución de continuidad, y desde el perverso que goza haciendo brotar una sola gota de sangre del dedo de una mujer, hasta el que sólo satisface su sexualidad infligiendo las más horribles heridas y las más alucinantes torturas, apenas si existe otra diferencia que la que haya en el hombre que gusta de paladear una copita de licor como principio y acaba por beberse muchas copas de distintos licores; todo es cuestión de hábito y de ambiente, aunque sin olvidar que ciertos estados mentales tanto pueden ser causa como consecuencia de tales aberraciones.

Puede decirse que las grandes manifestaciones perversas de la sexualidad son las formas se la sexualidad normal vistas con lentes de aumento, lo mismo que así, convencionalmente, cabe afirmar que las expresiones naturales del impulso son tanto como las grandes perversiones observadas con lentes de disminución, con unos gemelos puestos del revés que nos presentan las imágenes muy nítidas, pero muy reducidas de volumen. Sabemos, no obstante, que el símil es grosero, pero también es cierto que

da una idea verdaderamente exacta de la enorme semejanza de los fenómenos de la psicosexualidad.

En estas formas extremas, ya no es el acto sexual ni los caracteres sexuales lo que constituyen el motivo de la excitación, sino que el primer movimiento de la psique consiste en imaginar un acto cruel o sanguinario cualquiera, lográndose la actitud tumescente mediante la ejecución de los hechos criminales. Parecerá extraño, por ejemplo, que una menopáusica, o, por el contrario, una impúber, gocen sexualmente incendiando una casa, matando a una caballería o secuestrando a un niño. La visión de tales espectáculos, el incendio, la agonía del animal y el sufrimiento del niño, pueden ser suficientes para provocar el orgasmo, pero lo más frecuente es que se limite a producir la excitación necesaria que se termina con cualquier maniobra masturbadora.

Este fenómeno no se presenta sólo en las mujeres; también el sexo masculino está subordinado a las mismas influencias en virtud de causas equivalentes que se relacionan con la función endocrina, con las neurosis y las psicopatías de todo género, lo mismo heredadas que adquiridas.

El principio lombrosiano de que todo delincuente es un anormal, no puede relacionarse mejor con otra actividad humana, preferentemente, que con la que se refiere al sexo. Siempre que se analiza un crimen sádico bajo el punto de vista científico, nos encontramos con las influencias de una mentalidad desquiciada sea por las causas que fuere. Todavía, si hemos de admitir sin discusión las opiniones de los psicoanalistas, resulta que absolutamente todas las expresiones del ser humano, sean morales o no, responden de alguna forma a su «vita sexualis», como llamaban los latinos a ese "primun movens" supuesto de la existencia de todos los seres organizados. Al mismo tiempo, si la criminalidad, por ejemplo, del cuatrero, corresponde a una manifestación del impulso —todas las formas de la criminalidad responden a movimientos impulsivos más o menos madurados—, como han tratado de demostrar muchos investigadores, especialmente los de la escuela italiana, será necesario admitir que, al relacionarse íntimamente con los impulsos sexuales, el hecho de robar una mula o un asno produce un placer sexual «inconsciente» en aquel que realiza el robo, que de esta forma da salida al excedente de su sexualidad.

Esta teoría es bastante compleja y demasiado hipotética para admitirla completamente en serio; pero si nos paramos a pensar que en los casos de cleptomanía fetichista analizados en el anterior volumen, más frecuentes en la mujer que en el hombre, existe una poderosa razón sexual, es necesario meditar mucho antes de negar en absoluto que entre la sexualidad y el crimen no puedan existir muchos puntos de contacto. En este plan de razonamiento—que estimamos convencional en su mayor parte—, quien para satisfacer un deseo sexual ignorado roba un objeto o mata a un animal, ¿no es posible que rapte a una niña y la asesine después obedeciendo a esos remotos impulsos desconocidos?... En este caso, el impulso sería consciente hasta el momento de realizar el primer hecho delictivo; pero después, como ocurre en casos infinitos, ya es la obsesión de la sangre o la acción criminal y perversa lo que ciega la conciencia, que sólo tiene energías para responder a las apelaciones monstruosas de la sexualidad perversa.

Nos hallamos, esto no obstante, ante unos fenómenos que forzosamente pugnan con la moral tradicional, con los derechos humanos y, sobre todo, con las concepciones éticas que afectan a la sexualidad. En los tiempos de Roma se eximió de penas a los delincuentes que eran considerados moralmente irresponsables cuando podía probarse su enfermedad, inmunidad que se conservó hasta la Edad Media. No obstante, hasta casi los tiempos presentes, cuando un enfermo, por loco que estuviese, cometía un delito sexual cualquiera—violación, adulterio, bestialidad, pederastia, etc.—, lo primero que se hacía con él era ahorcarle o quemarle vivo, y después intentar su rehabilitación; se hacía tanto como el cazador que dispara primero y apunta después de lanzado el disparo.

Esto sigue observándose hoy en muchos casos: estos delitos sádicos, sólo concebibles en la mente de un desequilibrado, repugnan a la sociedad entera, y el castigo que se le aplica es infinitamente más grave que el que se le impondría si «sólo» hubiese matado a su madre. Tal es la apreciación pública, aunque nunca pueda ser la del magistrado. Y esto es porque ante la manifestación de un instinto, reacciona ese otro de la colectividad, que en su concepto de la justicia es ciego también y raramente es susceptible de avenirse a buenas razones.

EL GRAN SADICO GILLES DE RAIS

Datos bibliográficos.—Sus grandes triunfos militares.—Juana de Arco.—Las primeras persecuciones.—El proceso canónico.—Las confesiones espontáneas.—El pretexto religioso.—La alianza con los diablos.—El desfile de testigos.—La neurosis de Gilles de Rais.—Bibliografía.—Una orgía del sátiro.—La escena de la prostituta.—Su preferencia por los niños.—Las narraciones bretonas.—Las discusiones.

Mucho antes de que naciera el marqués de Sade, de cuyo título, como sabemos, tomó el nombre la perversión algolágnica activa, había existido en Francia un célebre militar y aristócrata llamado Gilles de Laval, duque de Rais, señor de Ingrand y de Chantocé, elevado a la categoría de Mariscal de Francia en el año de 1437, nacido en 1404 y muerto en Nantes, según documentos canónicos, el 25 de noviembre de 1440, y realmente ejecutado en la horca el 26 de octubre de dicho año. Citemos algunos datos biográficos de este célebre personaje, inmensamente rico y dueño de muy vastos territorios, cuya fortuna era considerada entonces como una de las más fuertes de Europa, calculándose, en moneda actual, en unos veinte millones de francos.

Gilles, barón de Rais (o de Raiz, Rayx, Rays o Retz), país situado en la ribera izquierda del río Loira, al Sur de Nantes, era hijo de Guy II de Montmorency-Laval, sobrino del condestable Du Glesclin, y de María de Craón.

Gilles perdió a sus padres siendo muy niño, y entonces fué recogido por su hermano René de La Souce, bajo la tutela de su abuelo Juan de Craón. Prometido desde la edad de trece años, primero a una joven aristócrata llamada Juana Peynnel, y después a Beatriz de Rohan, las cuales fallecieron, contrajo matrimonio a los dieciséis años con Catalina de Thouars, rica heredera de Poitou, que aportó al matrimonio una fortuna considerable, el día 30 de noviembre de 1420.

"Ningún destino humano parecía más glorioso que el de Gilles de Rais", dice uno de sus biógrafos. El joven abrazó la carrera de las Armas, ya que sus parientes fueron los más célebres caballeros militares de la época, tales como Du Glesclin, D'Olivier de Clisson, Brumor de Laval y otros eminentes personajes de la historia de la Francia medieval.

Cuatro meses antes de su matrimonio, Gilles se distinguió notablemente en las luchas que sostenían dos célebres familias, una de las cuales era amiga de los Rais. Su brillante conducta le valió destacadas distinciones de su señor feudal, Juan V, duque de Bretaña. En 1427, entró al servicio del rey Carlos VII, a la cabeza de un cuerpo de tropas que él había organizado, y pagaba para contribuir al sostenimiento de las fuerzas militares del monarca. Tomó parte en numerosas batallas, alcanzando siempre resonantes victorias, lo que bien pronto le valió la atención real.

Alcanzó la máxima influencia en la corte, precisamente cuando Juana de Arco se presentó ante el rey, en marzo de 1429. Se distinguió en todas las campañas que permitieron al rey hacerse consagrar en Reims. Ayudó a Juana de Arco a abastecer a Orleáns de víveres y municiones; él se encargó de ponerla a buen seguro cuando fué herida en el pecho en el asalto de Tourelles; detuvo el avance de los ingleses en el Loira; condujo a Carlos VII a Reims para su coronación; rindió el castillo de Jargeau, por lo que recibió del rey una gratificación de mil libras, y, sobre todo, contribuyó tan eficazmente a la victoria de Patay que, sin su intervención, se hubiera desmoralizado la Armada. Al día siguiente de la coronación del rey, Gilles fué elevado a la suprema categoría de Mariscal de Francia, en premio a sus imponderables servicios.

Gilles de Rais y Juana de Arco combatieron juntos, cada uno mandando un cuerpo de ejército, y siempre protegidos por la mejor suerte, pues ganaron innumerables batallas, librando a Francia de los invasores ingleses. Intervino gloriosamente en los hechos más memorables de aquella época, y fué una de las más grandes inteligencias de su tiempo. En lugar de entregarse a los placeres de la mesa y la caza, como la mayor parte de los grandes señores, se dedicó a reunir una magnífica biblioteca en la que figuraban ejemplares tan valiosos como profundos, ricamente encuadernados e ilustrados por los mejores artistas de la época, incluso por él mismo, que era un calígrafo y dibujante admirable.

Se entregó con verdadera pasión a los deleites del arte: organizaba grandes fiestas y brillantísimos conciertos y representaciones teatrales; protegía a los pintores y escultores, y reunió magníficas obras de arte de todo género.

En virtud de todas estas prodigalidades, la inmensa fortuna de Gilles de Rais sufrió golpes irreparables, viéndose obligado a vender, uno a uno, sus castillos, sus tierras, sus joyas y objetos preciosos a precios muy inferiores a su valor. Sus herederos se dirigieron al rey para que pusiera coto a los cuantiosos dispendios que realizaba y que acabarían por liquidar su fortuna. Su antiguo señor feudal, Juan V, se puso de parte de los herederos, con la intención de anexionar a sus feudos los señoríos de Rais, y desde entonces, como la fortuna iba en decadencia, y ya la fué imposible mantener a la verdadera legión de parásitos que le rodeaban, se concitaron contra Rais toda clase de odios y antipatías alentadas por los herederos y gentes a quienes había favorecido. A consecuencia de tantos sufrimientos empezó a desmejorar la salud del gran guerrero, cuya arrogantísima figura fué el orgullo de todos los jefes de aquellos ejércitos (lámina I).

Después de recurrir a todo, con tal de poder rehacer su fortuna, de la que fué despojado por sus herederos, pensó en la alquimia, en la esperanza de que había de encontrar el secreto de la fabricación del oro. Entonces fué cuando empezó la persecución de los eclesiásticos, los cuales llegaron al extremo de enviarle a pretendidos magos y alquimistas que no habían de tener otra misión que la de servir de testigos de la herejía de Rais, al que iniciaron en los misterios de la magia negra, tan perseguida por la Inquisición.

Juan V y Juan de Malestroit, los dos enemigos mortales de Rais, fueron los autores de esta maquinación; pues, según un historiador, un tal Blanchet, enviado de esos personajes, fué el que indujo a Rais a cometer el asesinato de varios niños, cuyos miembros eran necesarios para las composiciones mágicas precisas a la fabricación del oro. Muy pronto se arreglaron las cosas de manera que hubiese de intervenir el Tribunal de la Inquisición, que empezó por confiscarle todos los bienes que apetecía Juan V, de paso que concitaba contra él el odio del pueblo, que hasta entonces había permanecido indiferente ante las contiendas de los grandes señores feudales. Contribuyó a esto la desaparición de numerosos niños de ambos sexos, que fué imputada a Gilles de Rais, el cual satisfacía su lujuria practicando el pecado de sodomía.

El historiador que dice todas estas cosas, un judío portugués, el Dr. Ludovico Hernández, cree que las muertes de aquellas criaturas fueron cometidas por los mismos eclesiásticos o por sus influencias directas, lo que viene a ser algo parecido a una venganza judía en respuesta al asunto de que habla Zola en su novela "Verdad"...

Es posible que así fuera, y que Gilles de Rais, cuyas excepcionales condiciones morales ensalza, no fuese más que un perseguido por la barbarie religiosa de aquellos tiempos. No obstante, lo mismo en el proceso canónico que en el civil, las deposiciones de los testigos y acusadores demuestran de una manera clara que el Mariscal asesinó a numerosos niños, abusando de sus cadáveres, extremos que fueron comprobados, y que también llevaron a la horca a dos de los servidores más fieles de Rais.

Las sesiones del proceso canónico se llevaron a cabo con gran rapidez, bajo la presidencia del obispo de Nantes, Juan de Malestroit, pariente de Juan V, y uno de sus consejeros (lámina II). Se les acusó, en nombre de Cristo en vista de su *confesión espontánea* (1), de hereje, apóstata, invocador de los demonios, sodomita y sacrílego. El obispo de Nantes le excomulgó por segunda vez. Naturalmente, no se le condenó a muerte: los inquisidores eran tan canallas como todo esto. Pero como no tenían más que probar los delitos, remitían la causa al Tribunal civil, que es el que se encargaba de imponer y ejecutar la pena, porque la justicia, en aquellos tiempos, estaba dirigida por el poder soberano de la Iglesia, vicio del que aún no es raro observar ciertos resabios.

A título de curiosidad, vamos a citar algunos pasajes del proceso canónico, según hemos traducido en la Biblioteca Nacional de París, donde pueden encontrarse abundantísimos datos referentes a este sensacional proceso, que algunos dicen fué uno de los crímenes más abominables cometidos en nombre de un Dios Magnánimo, Comprensivo y Justiciero, por las hordas inquisitoriales.

El obispo Juan de Malestroit decía en el encabezamiento expositivo de los hechos del proceso, que Gilles de Rais había matado, estrangulado y despedazado a numerosos niños inocentes, después de haber cometido con ellos el abominable y execrable pecado de

(1) Estas «confesiones espontáneas» han dado lugar en todo tiempo a los más horrendos crímenes judiciales, pues su *espontaneidad* ha respondido siempre a la «habilidad» de los esbirros para obtener confesiones. Parece ser que a Gilles de Rais le confesaron de esta manera, si hemos de creer a algunos de sus biógrafos.

sodomía y contra natura, "de diversas e inusitadas maneras". Que había practicado horribles invocaciones al demonio, ofreciéndole las vísceras y miembros despedazados de las criaturas, y en fin, que cometió infinitas atrocidades de todo género "y horrores inexplicables" de distinta naturaleza. De la misma manera se expresaron los demás inquisidores, que tan lindamente prepararon la cuerda de la horca y la leña de la hoguera para ejecutar a Rais, "con noble ejemplaridad".

En el *Item* 26 del acta procesal, aparece lo siguiente: "Que el citado Gilles de Rais ofrecía a los malos espíritus los miembros de los niños inocentes inmolados, y con estos inocentes, antes y después de su muerte, así como durante los estertores de la agonía, cometía el abominable pecado desordenado y lujurioso contra natura para su concuspicencia carnal, ilícita y dañina, y seguidamente arrojaba los cuerpos destrozados y sangrantes en las cisternas y fosos de los castillos, donde tenían lugar estas ceremonias, especialmente en el de La Souze, donde se calcula que perecieron unos quince de los ciento cuarenta, poco más o menos, que fueron muertos por Gilles de Rais y sus servidores y ayudantes."

En casi todo el proceso, se alude a la magia y la demonología como una cosa naturalísima, equivalente a otro poder en pugna con el poder de un dios del que decían que era omnipotente. Valieron para el acta de acusación de los testimonios de los clérigos y otras gentes de parecida calaña, que aseguraban haber visto a Rais departir amigablemente con el demonio, después de haberle rendido toda clase de honores, como si ese demonio hubiera sido su dios. No sólo aseguraban que departía con el demonio, sino que ejecutaba numerosos actos mágicos, para lo que se valía de las vísceras de los niños y hasta de una serpiente "que tenía el grosor del cuerpo de un perro de gran tamaño".

En el *Item* 30, se asegura que Gilles tomó, en una ocasión, la mano, los ojos y el corazón de uno de dichos niños, con su sangre, y, colocándolo todo en un vaso de cristal, se lo ofreció al demonio, al que daba el nombre de "Barón", en signo de homenaje y tributo. Toda el acta es un cúmulo de atroces acusaciones, de las que, forzosamente, hay que suprimir, en absoluto, todas las que se refieren a los pactos de Gilles con el demonio. En cuanto a las ofrendas al demonio, de aquellos restos, es cierto que no pudo probarse nada, seguramente, porque aquel hombre, no creyendo en Dios, tampoco debió tener demasiada fe en el diablo.

Las sesiones empezaron el día 15 de octubre, terminando el 22 del mismo mes. Dice el proceso que Gilles "confesó" sus delitos en la cámara de tortura instalada en la sala inferior de la Torre Nueva de Nantes. "Sobre el asesinato de numerosos niños; vicio de lujuria sodomítica y contra natura, en crueles y horribles maneras, cometidos con los niños; sobre las invocaciones al demonio; inmolaciones, oblaciones, sacrificios, promesas y obligaciones, fué interrogado el acusado, el cual confesó libre y voluntariamente haber cometido y perpetrado el crimen y pecado de sodomía con numerosos niños, el delito de homcidio y todos los delitos de que se le acusaba. Interrogado en qué tiempo comenzó a cometer el crimen de sodomía, respondió que no recordaba, pero que fué en la fortaleza de Champtocé. Interrogado acerca de qué le había inducido, aconsejado o enseñado a cometer dichos crímenes, respondió que él lo hizo y perpetró de su imaginación y pensamiento, sin consejo de nadie y de su propio sentido e imaginación, solamente para su placer y delectación de lujuria, y sin ninguna otra intención o fin."

Parece ser que el presidente del Tribunal no quiso creer que Gilles no hubiese tenido intenciones ulteriores al cometer sus crímenes, mostrando especial empeño en que el condenado confesase que habían sido móviles de hechicería los que le impulsaron a ello. Casi todo el proceso gira alrededor de este tema de las invocaciones al demonio, lo que demuestra claramente que, más que el asesinato de los niños inocentes, interesaba a los inquisidores probar la culpabilidad de Rais, desde el punto de vista del pecado herético de su alienza con el demonio.

La prueba testifical fué desastrosa para Gilles de Rais. Desfilaron ante el Tribunal canónico, primero, y después ante el civil, numerosas personas de ambos sexos, que afirmaban haber perdido a sus hijos, niños entre ocho y catorce años, que habían ido con cualquier pretexto a las posesiones del mariscal, y que no habían vuelto a aparecer más. Se hablaba de una mujer de Machecoul, la cual decían que era una bruja, amiga de Rais, que tenía el encargo de llevarle niños a sus castillos.

Nadie más que los falsos testigos preparados por los mismos inquisidores hablaba de los pactos con los diablos y toda esa gente; pero los cargos acerca de la desaparición de niños fueron bastante comprometedores, sin que Rais pudiera desmentirlos. Se encontraron restos humanos en los fosos, cisternas y alrededores de los castillos que habitaba; pero, seguramente, no tantos como el número

correspondiente al de niños de quienes se había denunciado la desaparición. Algunos historiadores afirman que Rais no fué el único responsable de aquellas muertes, y que en algunos lugares religiosos se encontraron cadáveres y huellas de haberse perpetrado crímenes sangrientos.

No obstante, hoy mismo, al cabo de quinientos años, en toda la Bretaña pueden escucharse historias que hacen alusión a los horrendos crímenes de Gilles de Rais, el legendario *Barba Azul*, que inmoló a su lujuria numerosos niños, acerca de cuya cifra no están de acuerdo los historiadores.

Aparte de la pasión suscitada por los egoísmos de Juan V, los herederos de Rais y los intereses espirituales de la Iglesia, no cabe duda que Gilles cometió muchos de los crímenes sádicos que se le imputaron. Los apologistas del célebre Mariscal admitían, sí, que en lo que se refería a su vida sexual había dado muestras de graves desórdenes. Los investigadores modernos, como Moll, Krafft-Ebingh Fere y otros, han realizado muy interesantes estudios sobre la vida de Gilles de Rais, que, en realidad, se nos ofrece como un sádico sanguinario perverso. Probablemente, su neurosis, que dió al traste con toda la moralidad de aquel hombre, tuvo su origen en los disgustos que le produjo la pérdida de su fortuna y las persecuciones de que fué objeto por parte de sus parientes y los que deseaban apoderarse de sus bienes. Estos dolores morales, experimentados por un hombres de sensible temperamento, pese a su espíritu guerrero, nada tiene de particular que llegasen a crear graves lesiones neuropáticas en su mentalidad, seguramente agotada.

En este hombre, acostumbrado a las batallas, a la sangre, a los lamentos de los heridos y a la muerte, las tendencias homicidas y el espectáculo del sufrimiento y de la sangre, reemplazaban el interés del fin sexual normal. En todo caso, nos encontramos con que estas manifestaciones, atrozmente criminales, equivalen al aumento exagerado de las tendencias sádicas normales en el amor natural, en el fondo de las cuales residen los caracteres morbosos del desequilibrio mental.

Parece demostrado que Gilles de Rais no se excitaba sexualmente más que mediante esos procedimientos extremos. También los héroes de las novelas del marqués de Sade, que, en el desarrollo de los ideales preferidos por el novelista, se ven en la necesidad de ejecutar escenas cruentas que llegan a la muerte, como elemento esencial del coito. Del mismo tipo fué una aristócrata húngara, la

condesa de Barthory, personaje real que, como Gilles de Rais, no podía saciar su sexualidad como no fuera con el espectáculo de la muerte de numerosas personas.

La excitación producida por la sangre, como ya hemos dicho en otro volumen y veremos más adelante, descansa sobre bases naturales, que se multiplican en sus efectos tan pronto como la mentalidad especial del individuo constituye un campo abonado para que fructifiquen esas terribles semillas.

El profesor Malherman se ocupó especialmente del aspecto sexual de la vida de Gilles de Rais, sin aludir siquiera a los supuestos motivos de su proceso con relación a la magia y la demonología, punto de vista esencial elegido por las autoridades canónicas. Es muy difícil, no obstante, comprobar la veracidad de los extremos referentes a un punto u otro del célebre proceso. La fantasía popular ha coincidido en condenar con decidida acritud al famoso personaje, prescindiendo también de los aspectos religiosos del proceso, y no fijándose nada más que en los motivos esencialmente sexuales del caso. Desde el año de 1514 hasta el 1925, se han escrito numerosas obras acerca del proceso de Rais. Yo tengo noticias de sesenta y siete libros que se ocupan por completo de la vida del Mariscal, o que se ocupan de él en los aspectos religiosos, sexuales, judiciales, históricos, etc.

Lo que dice Malherman, de Gilles de Rais, es lo siguiente: "Tenía una estatura de cerca de dos metros, anchas espaldas, barba y cabellos largos. Lo que llamaba la atención en su rostro eran los ojos, cuyas pupilas parecían perderse extrañamente. Tenía costumbre de frotarse los dedos, como si constantemente palpara algún objeto. Estaba acostumbrado a la guerra, y no le amilanaba el derramamiento de sangre. Tenía la obsesión de considerar al prójimo como enemigo, y a imaginar obstáculos. Cuando veía que un cortesano galanteaba a una dama, y siempre que presenciaba escenas amorosas entre hombres y mujeres, se sentía colérico. Cuando dejó de guerrear y se retiró a sus castillos de Machecoul y Camptocé, organizó una orgía para despedirse del ejercicio de las armas. El programa consistía en asistir a la fiesta en estado de completa desnudez; en rociar los cuerpos con vino, en comer sobre el vientre de las mujeres y cohabitar con ellas sin la menor traba.

"El banquete se inició de manera agradable. Las mujeres se divertían mucho viendo que su vientre servía de plato, y, observando que los hombres se excitaban. Tanto bebieron las mujeres, que



EL MARISCAL GILLES DE RAIS

No hay suceso en la Historia que demuestre mayor perversión sexual que la vida de este célebre Mariscal de Francia, el cual asesinó a centenares de niños para satisfacer su sexualidad.

LAMINA I



EL PROCESO DE RAIS

El Obispo de Nantes, Juan de Malestroit, presidió las sesiones del proceso canónico. La lámina, de un cuadro de la época, representa al acusado ante el Tribunal inquisitorial que le condenó a muerte, aunque fueron las autoridades civiles las encargadas de ejecutar la pena.

LAMINA II

empezaron a adoptar actitudes lascivas y a hablar escandalosamente.

"Pletórico de deseo, Gilles de Rais se acercó a una cortesana, fina y menuda. Al ver ésta la considerable estatura de Gilles de Rais, pudo escapar de la arremetida del coloso, saltando sobre las parejas que, en plena embriaguez de vino y de placer, no permanecian ociosas.

"Era como una decoración de guerra. Gilles de Rais se hallaba en su elemento. ¿Asistía a una fiesta o a una batalla? Aplicó inmediatatamente al caso las normas de la estretegia militar, y persiguió a la cortesana. Esta era delgada y fina, y se ocultó entre los muebles; sus senos parecían dos demonios; corria con la más excitante ligereza, y, al parecer, rendía al guerrero; la sonrisa de triunfo de la cortesana era un insulto para el sátiro. Excitado éste en extremo, y sin medir las consecuencias del caso, derribó la mesa grande donde estaban los manjares.

"Se oyeron gritos, quejas, maldiciones... Sobre el mantel recieron unas manchas de sangre, y el sátiro se exaltó más de lo que estaba al ver el estrago. La cortesana pidió socorro, y cayendo aquí y tropezando allá, escapó de nuevo de las garras del monstruo. Los invitados se apresuraron a favorecer la fuga de la cortesana; uno de aquéllos abrió la puerta de la estancia, y la perseguida se perdió entre las sombras de la noche, desnuda y enloquecida de terror ante la actitud de Gilles de Rais que, en vano, siguió a la cortesana.

"No entró el Mariscal en la sala donde estaban los invitados, y éstos se retiraron, ahítos de placer.

"Gilles de Rais se propuso vivir solo en aquel castillo, rodeado de fieles servidores, y sin mujeres. Era dueño absoluto de los territorios donde vivía, y ordenó a sus criados que condujeran al castillo a todos los niños y niñas que pudieran, aunque prefería a los varones de ocho a doce años.

"Al ver que llegaba la inocente víctima, se ingeniaba para aterrorizarla. Los criados la amordazaban, ataban las manos del desdichado niño, y le ponían una cuerda al cuello. Hay que advertir que Gilles de Rais sentía un profundo desprecio desde que la cortesana le hizo víctima de la burla.

"Una vez sujeta la cuerda al cuello del niño, se le colgaba del techo, y el infame sátiro se regocijaba presenciando la agonía. No se dejaba morir al niño; momentos antes de quedar estrangulado, se cortaba la cuerda y se le reanimaba. Después, quedaba a solas con

el ogro; éste le desnudaba, palpando la tierna desnudez, le elevaba en alto y se entregaba con él a las más odiosas infamias, incluso a desahogar sus instintos sobre el vientre del niño. Generalmente, se servía de la misma víctima para martirizarla en dos sesiones.

"La segunda sesión era más larga. En el intervalo de una a otra se atendía al niño como si fuera hijo de Gilles de Rais, se le mimaba y cuidaba exageradamente... Aquel trato era efímero; porque, cuando menos se podía esperar, Gilles de Rais se apoderaba de la víctima, la levantaba en alto y con un puñal la desgarraba el vientre, dando un terrible tajo. La sangre fluía del cuerpecito abierto, y aquella fiera carnicera exploraba las entrañas, excitándose con el contacto. Después, tendía el cadáver sobre el suelo, y se entregaba a las más bajas monstruosidades, gozando nuevamente sobre el cadáver. Arrojaba los restos por una trampa al subterráneo, y se retiraba tranquilamente."

El citado profesor refiere así la última orgía de Gilles de Rais: "Un día, reunió seis niños y seis niñas en el comedor del castillo. Tenía las víctimas en su poder hacía seis días, y les obligó a que se sentasen a la mesa completamente desnudos.

Gilles de Rais presenció el banquete. A la hora de servirse los postres congregó a los menores alrededor de él y empezó a acariciar la desnudez de unos y otros, fijándose especialmente en una niña robusta y bien formada con el relieve de los senos dibujados ya. Por mucho que llamara su atención aquella niña, no le extrañaba, ni mucho menos, la desnudez de los varones.

Terminado el banquete, empezó el monstruoso festín, y Gilles de Rais halló su satisfacción incalificable, poniéndose en contacto con todos los cuerpecitos. A las pocas horas, había en el comedor doce cadáveres.

Cuando entraron unos amigos de Gilles de Rais, dijo éste:

"—¡Que me traigan la cabeza del niño más hermoso!"

Uno de los amigos decapita el cadáver del niño más hermoso, y presenta la cabeza a Gilles de Rais, que la besa con pasión. No satisfechos sus bestiales instintos, sigue reclamando víctimas: quiere degollar a un ser vivo.

Sus mercenarios buscan por el campo, y se apoderan de una jovencita fresca y robusta; apenas tiene diecinueve años; está embarazada. ¿Qué importa? Los mercenarios saben que, de no satisfacer al ogro, pueden morir a sus manos.

El monstruo espera. Está desesperado y furioso cuando entra

la nueva víctima. La pupila de Gilles examina los encantos de la joven, y ordena con el gesto que los esbirros la desnuden, mientras ella se retuerce de dolor y de vergüenza. Gilles de Rais está tan excitado, que no puede hablar.

La joven es bella; sus senos aparacen combados y provocadores. El monstruo la acaricia, iniciando un interrogatorio para saber quién es.

Es preciso recordar que en aquel tiempo los señores feudales inspiraban un respeto supersticioso para comprender la actitud de la víctima, que miraba al suelo, y se sentía avergonzada. Los campesinos recordaban que, poco antes, el señor tenía el derecho de pernada sobre las vírgenes la misma noche de su boda.

Después de poseer Gilles de Rais a la embarazada, abrió el vientre de ésta. Entre un torrente de sangre, apareció el feto. ¡Qué espectáculo para aquel monstruo, ebrio de sangre! ¡Un ser ensangrentado!

Se apoderó del feto, y destrozó los cartílagos, enfureciéndose al contacto obsceno con el cráneo del feto. Después se desmayó, aniquilado por el intenso esfuerzo cerebral.

Todo hubiera terminado bien para el monstruo, si el obispo de Nantes, Juan de Malestroit, no hubiera querido informarse de lo ocurrido, después de oír las quejas de los campesinos de la comarca. En aquel tiempo, la Iglesia tenía jurisdicción para juzgar las transgresiones morales, y Gilles de Rais fué detenido.

No negó haber cometido horribles ferocidades; antes bien, parecía enorgullecerse por merecer el calificativo de sátiro, y decía a sus cómplices:

"—Nadie puede hacer lo que yo, y si consumo hechos que no pueden consumar los otros, es una fatalidad."

Confesó de plano ante los jueces:

"—El espectáculo del dolor, del terror y de la sangre me excitan más que nada en el mundo... Prefiero los niños a las niñas, aunque sea más fácil el placer con las hembras."

He aquí lo que dijo un testigo refiriéndose al refinamiento de aquella bestia:

"—Una vez muertos los niños, calientes aún, les cortaba la cabeza, después de abusar de ellos."

En el proceso quedó demostrado que el repugnante sátiro había hecho desaparecer más de doscientos niños. Gilles de Rais declaró que no podía determinar el número de sus víctimas.

Si aquel hombre perverso quiso merecer el calificativo de sátiro entre los sátiros, consiguió su propósito, porque no se recuerda que una sola persona haya cometido tan gran número de crímenes.

Gilles de Rais fué condenado a la hoguera, aunque, por privilegio de nobleza y por prestigio del rango, tan decisivos en aquella época, hasta después de ser ahorcado el 27 de actubre de 1440, fecha célebre en los anales judiciales." (Lámina III.)

Entre las afirmaciones de Malherman y las de Ludovico Hernández, media un verdadero abismo. El judío hace del proceso un arma política para combatir a la Iglesia, cuidando de omitir declaraciones de algunos testigos y ciertos pasajes, que es necesario reproducir y que no alude, mientras hace resaltar el empeño de los eclesiásticos en fundar los hechos en bases heréticas, que se apartan en absoluto del fondo de la cuestión.

En las narraciones bretonas se contienen detalles de la vida de Rais que, indudablemente, han sido bastante modificados por la fantasía popular, a los que difícilmente pudiera concederse demasiado crédito. Se ha dicho, incluso por algunos autores, que Gilles de Rais, como Han de Islandia, bebía la sangre de sus víctimas en un cráneo humano, y que hasta comía las vísceras de las criaturas. El célebre *Sacamantecas*, que atemoriza a los niños españoles, también es conocido, de referencias, por los niños franceses y creo que por los de todo el mundo. En Bretaña, por lo menos, el popular *Sacamantecas* no fué otro que Gilles de Rais, que también se ganó el remoquete de *Barba Azul*, aunque realmente tuviese la barba rubia y casi roja.

Los historiadores imparciales de aquella época, no creen que Rais pudiese inmolar a tantas criaturas. Se dice que, unos años más tarde de ser ejecutado, se hallaron los restos de cerca de veinte criaturas en un lugar inmediato a Machecoul, que siempre fué muy frecuentado por los campesinos. Aunque se tratase de un barranco, como se dice, puede admitirse que no se vieran aquellos cadáveres, mas resulta verdaderamente extraño que los campesinos no advirtiesen los hedores de tantos cuerpos en descomposición. Otros aseguran que los restos fueron trasladados a aquel lugar desde no se sabe dónde, aunque se presume que debió ser una casucha que siempre estuvo deshabitada, y que perteneció a un individuo que tenía muy buena amistad con el obispo de Nantes.

En este famoso asunto echaron su cuarto a espadas los amigos de la Iglesia y los enemigos también. En algunas obras, queda oscurecida la figura siniestra de Rais, y eso que es el personaje principal del tremendo drama, para que resplandezca la llama de la fe. En los casos contrarios, también desaparece el personaje central, y se combate a los teólogos o al Cristianismo con un tesón inaudito, como le ocurre al Dr. Ludovico Hernández. Este mismo autor termina uno de sus libros sobre el proceso de Gilles de Rais diciendo: "Yo no terminaré en este punto pidiendo que se eleve a Gilles de Rais una estatua en la plaza de Nantes; mas yo me llevo a Lisboa, para meditar en la sinagoga, la certidumbre de que Gilles de Rais fué la víctima inocente de una de las más abominables maquinaciones judiciales de la Historia".

Estamos persuadidos de que, en aquellos tiempos, ni los teólogos ni los jueces reparaban en medios, con tal de lograr su fin; pero es bien cierto que, si se castigaban otros delitos con la misma pena u otras más infamantes aún, las hazañas de Reis no pudieron ser sancionadas de otra manera. Dos de sus criados de confianza, Henriet y Poictou, que también fueron ejecutados, declararon que su señor había llegado al extremo de saciar sus bárbaros apetitos abriendo el vientre de las criaturas de una tremenda cuchillada, por donde introducía el miembro viril hasta lograr el orgasmo.

Prescindamos por completo de los delitos de hechicería que se le imputaron, imputación que, en el fondo, no era más que el pretexto para que interviniesen los Tribunales de la Inquisición, que de otra forma hubieran tenido que inhibirse, por tratarse de un asunto puramente civil. Con la Iglesia de por medio, no valieron de nada los grandes y gloriosos servicios que el Mariscal prestó al rey Carlos VII, que, no pudiendo oponerse al poder omnímodo de la Iglesia, hubo de permanecer al margen de la cuestión. No obstante, un cómplice de Rais, el caballero Roger de Briqueville, que también fué condenado, ya mereció la atención del rey, el cual se encargó de demandar su perdón. Pero es que este caballero no tuvo la misma fortuna que su amigo ni su influencia tampoco, pues apenas si pasaba de ser algo más que un escudero. Se decía que también tenía firmado, como Rais, pacto con el diablo, y que ambos hicieron juntos frecuentes invocaciones a los poderes infernales.

Lo que sí puede asegurarse, sin miedo al error, es que Gilles de Rais fué un enfermo mental, cuya sexualidad no podía satisfacerse, después su vida militar activa, más que asesinando niños y viendo sangre. Ya hemos hablado, en otra ocasión, de las bases de la paidofilia, o sea el amor a los niños, como Tiberio, Nerón, He-

liogábalo y otros personajes muchos siglos anteriores al Mariscal de Rais.

Si la historia no miente, este hombre fué un verdadero monstruo, al que no igualaron los muchos criminales que hemos conocido. Su muerte en el patíbulo fué lo menos que debió ocurrirle; aunque, repetimos, no es posible que él solo cometiera los asesinatos que se le imputaron.

EL VAMPIRISMO

Expresiones sadomasoquistas de la algolagnia sangrienta.—La embriaguez de la sangre.—El «devorar simbólico».—El mordisco.—Pruebas de la excitación de la sangre.—Las cacerías de los pueblos salvajes.—Vampirismo religioso.—La perversión y la costumbre.—Confesión de un sádico.—El crimen de un loco.—Vampirismo simbólico.—Los bebedores de sangre. La atracción del color rojo.—Una explicación racional.

Digamos, ante todo, que el término *vampirismo* no encierra ninguna definición precisa; pues, si hemos de referirnos a la fascinación de la sangre, como se verá en el presente capítulo, no cabe duda que, aun en el amor normal, la sangre del amante tiene un poder emotivo, que tanto puede traducirse por una emoción sádica como masoquista. Hay muchos individuos, hombres y mujeres, que hacen pequeñas heridas—mordiscos, arañazos, pinchazos, etc.—para encontrar en el dolor moral, que en el ser amado ha sido físico, un motivo de sentimiento que se traduce en caricias, en afán de mitigar el daño infligido, en remediar con besos y ternezas aquel padecimiento que el amado toleró sólo por el pensamiento de que ello pudiera producir algún deleite al dulce agresor. Como se ve, el fenómeno psicológico es bastante complejo, pero su explicación no puede ser más sencilla. Es el caso de sadomasoquismo típico, que pudiéramos llamar cruento o *vampiresco*.

Hay también quien goza con sólo ver brotar la sangre, normalmente, si el dolor producido por la herida no es bastante a mitigar la energía del impulso sexual del herido. No obstante, cuando el movimiento sádico es anormal, sobrevive la borrachera de la sangre, y, en algunas ocasiones, nada más que la embriaguez del rojo, pero que conduce a los crímenes más espantosos, especialmente cuando el impulso sexual se ha manifestado en toda su bestial potencia, y a ese fuego de brutal lujuria se arroja, por decirlo así, la leña

de la resistencia de la mujer, que no es más que un excitante mucho más poderoso e irrefrenable. Yo he oído decir a un asesino que, si la mujer a quien destrozó a cuchilladas, no se hubiera resistido a sus propósitos, la primera gota de sangre que la vió brotar, a consecuencia de un arañazo, la hubiese enjugado con sus labios..., y no habría ocurrido más, "porque le dió mucha pena verla aquella gota insignificante". Y, sin embargo, no tuvo inconveniente ni remordimiento al destrozarla materialmente el cuerpo, después de haber practicado el coito con su cadáver.

El vampirismo, pues, tiene también bases normales, como sucede con todas las perversiones. Ya hemos hablado del mordisco, la expresión algolágnica más elemental del amor carnal, cuyo resultado, en su fase más avanzada, consiste en hacer brotar la sangre, aunque ello no represente el objeto directo en el área de lo normal, ya que, como dice un autor "las sensaciones mezcladas de íntimo contacto, de apasionado abrazo o de "devorar simbólico", que constituyen los accesorios emocionales del mordisco, sería demasiado violentamente descompuestas por una herida real y por el derramamiento de sangre".

Acerca de este interesante extremo, que desde el amor normal hasta el vampirismo falta rara vez en las emociones eróticas, dice Ellis lo que sigue: "En algunas personas, sin embargo, acaso más especialmente en las mujeres, el mordisco amoroso está realmente asociado con un deseo consciente, más o menos restringido, de hacer correr la sangre, es un goce real, un amor a la sangre. Probablemente, esto sucede con personas que no son absolutamente normales, pero que se hallan cerca de los límites de lo normal. Apenas existe ningún objeto natural que produzca una emoción tan profunda como la sangre, y es muy fácil comprender por qué esto es así. Además, la sangre entra en la esfera de la galantería, en virtud de las mismas razones que la crueldad; ambas son accidentes del combate, y el combate es parte esencial de la galantería animal y de las razas primitivas, ciertamente su accesorio más frecuente. De modo, que la fascinación repulsiva o atractiva de la sangre puede ser considerada como un accesorio normal del galanteo que, como otros accesorios semejantes, pueden convertirse en elementos esenciales de la galantería anormal."

Estas perversiones sanguinarias que forman parte principalísima de la sexualidad en muchos pueblos, adquieren en algunos expresiones extrañas, que no podríamos explicárnoslas, a no ser por la virtud excitadora que, indudablemente, posee la sangre.

Entre los indios *lenguas*, del Chaco Paraguayo, cuyos rasgos mongólicos desmienten en absoluto la creencia de que Cristóbal Colón fué el primer extranjero que puso los pies en América, se encuentran características distintas, que también se observan en Asia, al otro lado del Pacífico. Estos indios, como los habitantes de la región de Kamchatka, cada vez que organizan una expedición de caza, van acompañados de sus mujeres; porque, según dicen, la sangre de las piezas cobradas les impulsa a practicar el amor, "con lo que adquieren nuevas energías para seguir cazando", es decir, impulsos renovados conducentes a hacer correr más sangre (lámina IV).

No he conseguido penetrar en los secretos de estas tribus, aunque las visité en una ocasión, ni creo que sea muy fácil obtener datos relacionados con la vida sexual de estos semisalvajes. En el instante de escribir estas páginas, recibo de Asunción del Paraguay una carta de mi amable informador, el ilustre ingeniero Sr. Giuseppe Mazzola de la que transcribo el siguiente párrafo: "Los detalles que usted precisa son muy difíciles de obtener, a menos de vivir en la intimidad de las "tolderías" lo que, por otra parte, es imposible, a causa de la aversión de estas gentes hacia todo lo que no pertenece a su raza. De todas maneras, procuraré enviarle algo interesante." (Lámina V.)

Pero es cierto que, a muchos miles de millas de distancia, he tenido ocasión de observar estas costumbres de verdadero vampirismo. En Egipto, entre Assuan, Khartoum y Suakin, y, casi generalizando, por toda la franja de terreno que se extiende desde el Nilo hasta el Mar Rojo, habitan tribus muy diversas, desde el punto de vista etnológico, aunque unidas por los lazos espirituales del mahometismo.

Estas son: las de los atbaras, hamranes, nubbas y dongolawis pertenecientes a las razas semita y hamita, aunque ya están tan mezcladas que resulta poco menos que imposible definirlas exactamente.

Llegamos a un poblado de atbaras, Tanyolo, de no más de un millar de habitantes, cuyo núcleo urbano caía bajo el dominio de un fortín situado en una eminencia del terreno, que a la sazón guarnecían las tropas del Khedive de Egipto. Tal precaución, según decía el oficial inglés que mandaba las fuerzas, era innecesaria, limitándo-

se a ejercer una labor de policía simplemente, puesto que aquellos indígenas eran completamente inofensivos.

Faltaban cuatro días para que comenzasen las fiestas dedicadas al río, consistentes, entre otros actos, en el sacrificio de numerosas vacas y ovejas cuya sangre según los atbaras, tenía la propiedad de enrojecer las aguas, lo mismo que cuando el Nilo se desborda, llevando en su linfa el preciado limo que fecunda las tierras.

Estos sacrificios son, por así decirlo, como un reto al río. Y como es un dios que no admite competencias, no tarda en manifestarse en todos sus furores, saltándose el cauce con impetuosidad arrolladora abundante en preciadísimos beneficios.

El comandante del fuerte organizó en nuestro honor una partida de caza. La noticia circuló rápidamente por todo el poblado, y en seguida surgieron numerosos indígenas dispuestos a servirnos de ojeadores eficaces, para no tornar con las manos vacías. Algún hipopótamo, antílopes y cabras salvajes eran las presuntas víctimas de nuestra excursión.

Estos niloticos son buenos cazadores, con la particularidad de que no emplean armas de fuego: se sirven de largas espadas, que ellos mismos fabrican, dándoles un temple admirable. Dicen que la caza a distancias tan enormes como permiten las carabinas de precisión, sólo la practican los blancos y los cobardes. El atbara valeroso lucha cuerpo a cuerpo con los animales más feroces y supera en astucia a los más inofensivos y difíciles de atrapar.

Un disparo nuestro hirió a un antílope en una paletilla. El balazo no era mortal, pero sí lo suficientemente eficaz para que el animal quedase a merced de los indígenas, que ya se encargarían de rematarlo. Y así sucedió. ¿Pero de qué forma?

Con un ardor digno de mejor causa, tan pronto se apercibieron de que la pieza había caído, abandonaron el ojeo y se precipitaron como una tromba sobre el infortunado antílope, al que cortaron la cabeza de un solo tajo. Aún se debatía el bicho en los estertores agónicos, cuando sobre el charco de sangre que formaba el manantial de las heridas, cayeron lo mismo que chacales sedientos de aquel líquido abundante y espeso, que bebían con avidez inaudita.

La sangre parecía embriagarles. Saltaban y proferían gritos verdaderamente inhumanos. Diríase que todo su sistema nervioso estaba bajo el dominio de una impulsión irreprimible y brusca. Tales escenas volvieron a repetirse tres veces sin que pudié-

ramos evitarlo ni en tal sentido hiciéramos intentos, por consejo del jefe del fortín. Si estos buenos auxiliares asisten a las cacerías, es con la condición de que se les deje en libertad completa para practicar estos ritos bestiales, cuya principal finalidad estriba en beber caliente la sangre de las piezas, con lo que dicen que se adquieren las cualidades más apetecibles del animal. Del antílope, la resistencia; la fiereza, del león; la fuerza arrolladora, del hipopótamo; del chacal, la astucia... Y hasta de algunas serpientes beben la sangre, para asimilarse la inteligencia de estos reptiles, que se deslizan y atacan sin ser advertidos más que cuando su mordedura es inevitable (1).

Mas no sólo es la sangre lo que enardece a estos salvajes; es también el dolor que hacen sufrir a sus víctimas lo que les causa un goce perverso que sirve de excitante para la práctica de otras costumbres. Esto lo advertí el primer día de la fiesta, espectáculo que presencié en parte con verdadera repugnancia.

Salimos de nuestro *kraal* a los gritos de los atbaras, que marchaban hacia el río conduciendo numerosas cabezas de ganado destinadas al cruento sacrificio. El poblado quedó limpio de habitantes. Cuando hubieron llegado a una ensenada que hacía el cauce del río, muy ancho por esta parte, los hombres se proveyeron de las armas que llevaban las mujeres, y después de entonar unos cánticos, dió comienzo el holocausto de las reses.

El primer golpe de espada lo daban en los tendones de las extremidades posteriores, con lo que los animales quedaban paralizados. Luego los indígenas, sin exceptuar a los niños, se complacían en acuchillar materialmente el cuerpo de las bestias, cuyos mugidos de dolor se confundían con los alaridos de triunfo de aquella muchedumbre enardecida de sanguinarios, ebrios de crueldad, que semejaban espantables demonios cubiertos por la sangre fresca de sus víctimas.

La bebían, se embadurnaban el rostro y el cuerpo, y hasta arrancaban colgajos de carne de las innumerables y profundas heridas, que convertían a las reses en informes amasijos que ya se disputaban las moscas. Fué una orgía sanguinaria y diabólica

(1) El mordisco en el amor, que es el equivalente del devorar simbólico, también tiene por objeto incorporar al ser la persona amada. ¿Qué tiene de extraño que por el mismo procedimiento pretendan estos salvajes asimilar esas facultades tan amables de los animales?

que tornó a aquellas gentes a su primitivismo más cruel. Su ferocidad rayaba en lo inconcebible.

Pero no paró aquí la bestial ceremonia. Cuando ya los cadáveres estuvieron fríos y no destilaban más sangre de las infinitas heridas, fueron desapareciendo los salvajes en parejas, que, ocultas entre los matorrales, terminaron el festín carnal con el epílogo de otra fiesta también carnal, pero más placentera e incruenta.

Esto, naturalmente, no pude verlo, pero el desmadejamiento físico de unos y otras se advertía bien a las claras, según iban sumergiéndose en el Nilo para lavarse la sangre y tonificar los nervios después de la tremenda batalla erótica bizarramente librada.

Reflexioné después en la calma de nuestro alojamiento, cuando ya los atbaras, rendidos por tan fuertes emociones, se entregaban al descanso.

Según el testimonio del jefe del fortín, estas gentes no son un dechado de normalidad analizadas desde el punto de vista sexual. Practican la pederastia como buenos musulmanes, por lo cual me parecieron semejantes a los que habitan Argelia y Marruecos, tan aficionados a los placeres homosexuales.

Pese a todo lo que había visto, afirmé que no era posible incluir a los nilóticos atbaras en el grupo de pervertidos que forman los grandes sádicos. No tenían francos puntos de contacto con los *talengs* de Ankhordaway, de que ya he hablado en otro volumen, aunque desde luego ocurriese entre dichos asiáticos, que tanto la embriaguez como la lucha que los dos sexos sostenían previamente, rica en facetas sádicas, eran necesarios a la consumación del acto genésico.

Los amarillos, por su atonía sexual, claramente demostrada, precisaban de los preliminares dichos sólo en calidad de medio imprescindible para obtener el fin esencial, como lo es el de la perpetuación de su raza. Pero los atbaras, vigorosos, viriles y sanos físicamente, experimentaban con los sacrificios un placer diferente, como si actuaran a impulsos de una extraña psicosis de perversión que, al fin, les conducía a las prácticas más lúbricas. Entre los atbaras, la finalidad es erótica, mientras que los talengs de Ankhordaway actuaban a impulsos de un honrado móvil genésico, cuyos términos no se pueden confundir. Luego sexualmente considerados, no cabe duda que los talengs son más normales que los atbaras.

Ahora bien: si el sadismo, en términos generales, es el goce que experimenta un individuo con el dolor que él mismo produce a otro, los atbaras nilóticos son grandes sádicos sanguinarios que gozan, extraña y misteriosa particularidad, haciendo sufrir a individuos de especie distinta, aunque ese placer no sea esencialmente erótico, pero sí un camino para llegar a él. Mas esto no quiere decir, como ya hemos visto, que constituya una aberración más del impulso algolágnico activo, sino una de sus infinitas variedades.

Los negros nilóticos, resistentes y habilísimos cazadores, llevan casi siempre a sus mujeres a las partidas de caza que efectúan por todo el territorio de la tribu. No es la necesidad de alimentos lo que les impulsa a emprender tan penosas excursiones cinegéticas, es, esencialmente, la necesidad de matar, de hacer sufrir a las bestias que con tanta saña persiguen y de beber su sangre en los bordes de la herida, para entregarse después de las cacerías a los mayores desenfrenos eróticos.

No puede decirse que esta norma de conducta represente una perversión, sino que es una costumbre observada desde tiempos muy remotos. Antiguamente, estas cacerías no eran de fieras, sino de hombres; claro es que la influencia de la civilización acabó con tan brutales usos, que tenían un fondo ritual solemne.

En muchos otros pueblos nos encontramos con el mismo fenómeno o muy parecido, como en Nueva Caledonia, por ejemplo: aquí no se entrega una muchacha al hombre que, para hacerla su esposa, la persigue a través de la selva, hasta que ambos no han perdido sangre en abundancia a consecuencia de los terribles golpes que se propinan, él atacando y ella defendiéndose. Estas escenas, hasta el final de la cópula, son presenciadas por los demás indígenas con la misma devoción que se asiste a una ceremonia religiosa. Cuando regresan al poblado llegan en un estado tan lamentable, que algunas veces tienen que intervenir los curanderos para restañar las heridas, cuyas cicatrices exhiben después los esposos como preciadísimos trofeos.

El deseo de ver la sangre se manifiesta en épocas muy tempranas, casi siempre antes de la revelación consciente del impulso sexual. El siguiente caso lo demuestra con claridad: es la confesión de un sádico hecha a un médico notable:

«Tengo veintisiete años y una salud normal; nunca estuve enfermo; sólo observé en edad temprana los estragos de una grave derivación. A los nueve años se produjo el acontecimiento que cambió el rumbo de mi vida sexual. Una camarera estaba fregando el pavimento de mi cuarto y de pronto se quejó, lanzando un grito. Se había producido un corte con un trozo de vidrio y brotó la sangre. En aquel momento nació en mí la desviación sádica. Me arrojé sobre la fámula y quise chupar la sangre que brotaba de su mano. Después me acometió una locura erótica, y la doméstica dejó que yo produjera algunas heridas en su cuerpo con un escalpelo y algunos alfilerazos. ¡Qué maravillosos momentos aquellos! Pero mi madre nos sorprendió y se apresuró a despedir a la muchacha. Quedé como desamparado sin ella, pero mi pasión no se extinguió. Mi deseo de ver sangre se complacía de manera extraña. Incluso llegué a sostener una chuleta ensangrentada con mis manos y a manosearla para proporcionarme placer.

»Se me ocurrió más adelante ir a un prostíbulo, llevando una navaja de afeitar en el bolsillo. Las rameras no querían nada conmigo porque sabían que llevaba la navaja y lo que pretendía hacer. Por fin, hallé una joven que se prestó a acompañarme, y nos encerramos los dos en un cuarto. Era delgada; iba muy maquillada; tenía mal color y labios pálidos, por lo que me sentí poco enardecido. ¿Tendría la sangre poco roja?

Operé en el cuerpo de la ramera con la navaja, y, efectivamente, no me satisfizo la operación. ¿Qué diferencia había entre la sangre que veía en el prostíbulo y la roja y ardiente que brotó años antes del dedo de la doméstica de mi casa cuando se hirió fregando el suelo!

No volví al prostíbulo porque quedé bastante decepcionado, pero, en cambio, me propuse ver derramamiento de sangre rica y fuerte, sangre de mujer joven... Mi pasión se exasperó posteriormente hasta el punto de que cuando alguna mujer se presta a ser herida de un tajo, enloquezco de placer y temo no poder contenerme hasta ver brotar un torrente de sangre.» (Malherman.)

Se conoce un caso curiosísimo: el de un loco que sólo pareció apartarse de su demencia para describirla. Nadie que leyera el relato escrito que hizo en el manicomio, donde fué recluído, diría que se trataba de un anormal, un sádico sanguinario que mató a una mujer en un acceso de locura erótica. Su declaración es muy extensa, y revela varias formas de sadismo, aunque nos limitaremos a reproducir lo más interesante de un libro del profesor Malherman, que la copia casi íntegra.

Caso bastante raro en un demente, empieza por confesar que sabe que lo es: «Sé que estoy loco, pero comprendo también que no soy el único responsable de mi locura. La mayor responsabilidad la atribuyo al marqués de Sade, que propaga cínicamente la exaltación de la voluptuosidad como objeto único de la vida. Tenía yo unos quince años, cuando cayeron en mis manos los libros del marqués. Causáronme tal impresión, que podía recitar de memoria páginas enteras. He aquí las que me parecían más sugestivas: «He vencido y aniquilado todo lo que en mi mundo interior podía oponerse a la satisfacción del placer. Las mujeres sólo sirven para la cama. ¡Cuántas veces he visto iluminarse el rostro de una mujer aleccionada por su temperamento propicio a la pasión sexual! Es inaudita la tolerancia de las mujeres en momentos de fiebre sexual; su alma está entonces más cerca de la maldad que representan, y aceptan voluntariamente lo que se les propone, anticipándose a la iniciativa del hombre. Las mayores voluptuosidades serían insípidas para mí sin el estímulo de la perfidia, y no acepto el placer físico más que unido al desorden moral. No se trata de complacer a quien utilizamos como instrumento, sino de excitar nuestro sistema nervioso mediante violentos choques y arremetidas. El dolor afecta más que el placer, y el choque que produce dolor nos hace vibrar más vigorosamente.»

Continúa el loco su confesión, y dice: "Si exhumo recuerdos de mi primera juventud, es para reproducir el ambiente moral que la circundaba, para decir que me atacaban continuamente pensamientos voluptuosos imaginándome la impresión producida por los dientes en la lengua o en los pezones, evocando un derramamiento de sangre y otras perversiones como alfilerazos, heridas, hemorragias, mordiscos y arañazos en los órganos genitales, etc. También pensaba con obsesión en latigazos y palizas y hasta en la crucifixión y en el asesinato. Llegué a los diecinueve años sin conocer otros placeres que los solitarios... Y pienso ahora que el placer de masturbarse es tan avasallador que, si los niños y jovencitos no pudieran servirse de las manos, tratarían de utilizar los pies.

"Si bien no había tenido contacto carnal con ninguna mujer, recuerdo que a los diez años me arrojé sobre una chiquilla, que ésta

cayó, y que pude examinar algunos parajes desnudos de su cuerpo, lo que me hizo delirar. En otra ocasión, intenté asaltar a una chiquilla que pasaba todas las mañanas por delante de mi casa, pero me contuve ante el temor de que me viera alguien.

"Vivía cerca de mi casa una costurera, que trabajaba con la ventana abierta. Me atraían sus formas, y pensaba que el marqués de Sade no hubiera dejado de violarla...

"No podía extrañarse la costurera de que fuera a su casa. Imaginé, pues, el desarrollo de una escena que tendría lugar cuando estuviera sola. He aquí el plan que concebí: la llevaría al lecho, haciéndola caer sobre él violentamente, y me complacería en apretar sus senos, en clavar un alfiler en su carne, en grabar mis iniciales en sus muslos con una tijera. ¡Qué delicia representaba ver mis iniciales, rojas de sangre, en los muslos de la costurera!

"Con el pretexto de que me cosiera un pantalón, me presenté a la costurera. Mientras ésta examinaba el pantalón, me arrojé sobre ella, tapé su boca con una de mis manos para que no gritara y la azoté con una pernera del pantalón. Gritaba y se defendía, porque era fuerte. Yo la estrechaba con ímpetu contra mi pecho, surgiendo sus senos blancos como la leche y palpitanes. La lucha nos hizo caer a los dos al suelo. Instintivamente, cogí la tijera y quise clavarla en el seno de la costurera, pero me acometió un temblor glacial, y huí despavorido.

"Desde aquel día, me descipliné a solas, y me produje heridas con una navaja, hallándome dispuesto a arrojarme sobre la primera mujer que se me pusiera delante. Frecuenté los prostíbulos. No podía prescindir de producir torturas y sangre. Me sentía cruel, me exaltaba progresivamente. Quería que mi pareja se mostrara completamente desnuda, y arrancaba y desgarraba cualquier prenda que intentara ponerse.

Al cumplir los veintitrés años, quise hacer esfuerzos para libertarme de tales perversiones. Me gustaba una mujer casada, y puedo decir que, aunque me atraía en extremo, no deseaba aniquilarla con crueldades y agresiones. Cenaba en casa de aquella mujer una noche, invitado por ella y en ocasión en que el marido se hallaba ausente. Después de la cena, me sentí dispuesto a hacer el amor a la hermosa mujer que, sin duda, me correspondió, porque al día siguiente por la mañana estábamos aún juntos... en la cama.

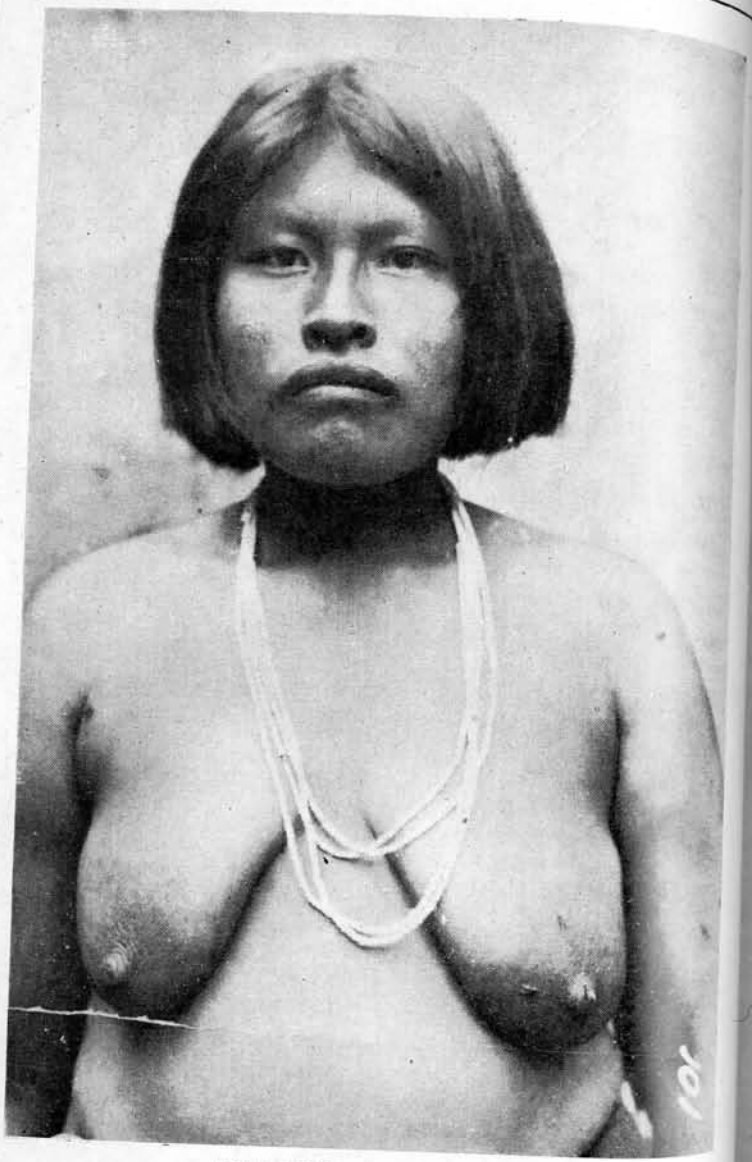
Me creí regenerado, pero no lo estaba. Mi pareja permanecía dormida, y buscando, sin duda, algo de aire, descubrió un seno



EJECUCIÓN DEL SÁTIRO

Este grabado de la época reproduce el momento en que Gilles de Rais presencia la ejecución de uno de sus cómplices, disponiéndose a recibir los auxilios de la religión antes de ser ahorcado, en castigo a los innumerables crímenes que cometió para satisfacer su lubricidad.

LAMINA III



INDIA LENGUA DEL PARAGUAY

Durante las expediciones de caza que celebran estos indios, la visión de la sangre les produce tal excitación erótica, que las mujeres deben acompañarles en las cacerías para satisfacer los impulsos de los cazadores.

LAMINA IV

cubierto con camisa bordada. Creo que aquella visión fué el origen de la catástrofe. No apartaba los ojos de aquel espléndido seno, y vi, al desviarlos un momento, que en la mesa de noche había un cuchillo de los que se emplean para abrir los bordes de los libros. Empuñé el arma con la mano derecha, mientras que con la izquierda apartaba las ropas de la cama. Ella abrió los ojos, y su mirada expresó el terror más grande. Rápidamente, hundí el cuchillo en su boca cuando se abría para gritar. ¡Era dueño absoluto de aquella carne! Bebí con delicia la sangre que salía de la boca y poseía normalmente a aquella mujer ensangrentada... Luego, realicé el ideal más sugestivo: grabar mi nombre con letras de sangre en el cuerpo de una mujer. Quedaron las letras en la frente de la víctima; huí y me oculté como un apestado... Poco después me detuvieron."

Refiere el profesor Malherman que, cuando el sujeto de esta narración la repetía o ampliaba, iba exaltándose gradualmente; al llegar a la agresión no podía contenerse: gritaba como un poseído, la alegría le transformaba por completo, y empezaba a ejercitar con la mímica y la pluma sus íntimos delirios sobre el perfeccionamiento de la voluptuosidad, la crueldad y la flagelación. Se trata de un caso, en extremo complejo, cuyas causas íntimas son de difícil comprensión.

El vampirismo simbólico es mucho más frecuente que el real, aunque sus efectos, naturalmente, nunca son antisociales. Ya hemos referido algunos casos de degenerados que acostumbran a realizar en las casas de prostitución esos actos simbólicos, consistentes en fingir sobre el cuerpo de las prostitutas heridas de todo género, valiéndose de pintura o de sangre de animales. Un individuo de cincuenta años, perteneciente a la categoría de los himenólatras, sólo gozaba imaginándose escenas de desfloración. Al efecto, llevaba siempre consigo un frasco conteniendo un líquido rojo como la sangre y unas vejiguitas de pescado, que llenaba con dicho líquido, haciéndosela colocar a la mujer en el interior de la vagina. La comedia se iniciaba resistiéndose la mujer a las pretensiones del galán; tenía que vestirse con ropas de niña, que empezaba por desgarrar hasta dejarla completamente desnuda, a excepción de los calcetines. Cuando realmente la fingida niña se hallaba extenuada a causa de los esfuerzos que había de realizar para defenderse de las acometidas del sátiro, se entregaba a él, abrazándole amorosamente. La penetración violenta hacía estallar la vejiga de

y que la joven no daba señales de vida. Aterrorizado por lo que había hecho, huyó, sin cuidarse de prestar cualquier auxilio a la joven, que acaso hubiera sido eficaz. Una hora después volvió a casa, y la encontró muerta. Preparó su equipaje, y tomó billete para Lisboa en el tren de España. Nadie advirtió la huída del estudiante, y, cuando la Policía desconfiaba de hallarlo, fué detenido en Lisboa, por no llevar la documentación en regla, ya que se había valido del pasaporte de un amigo.

Declaró que jamás tuvo intención de causar la muerte de su amante, la cual no profirió el menor grito de auxilio, lo que, seguramente, le hubiese advertido lo extremado de su conducta. Dice que experimentó varios orgasmos, no pudiendo precisar el tiempo que duraría la trágica escena, pero que, seguramente, bebió más de un litro de sangre. Fué declarado responsable, y condenado a varios años de presidio, aunque, indudablemente, debió obrar en virtud de un impulso irresistible, de una momentánea locura, lo que se ha observado en sujetos completamente normales y sin antecedentes neuropáticos ni hereditarios.

Se han realizado muy curiosas observaciones con el fin de conocer qué es, en realidad, el móvil que determina la fascinación de la sangre en los casos auténticos de vampirismo sexual. Se ha llegado al extremo de componer un líquido exactamente igual, en olor, sabor, densidad, etc., a la sangre humana de un individuo sano, pero incoloro o ligeramente opalino. Con este líquido se hizo una prueba curiosa: un individuo sádico sanguinario, que sólo encontraba satisfacción sexual infligiendo pequeñas heridas a una prostituta para saborear después su sangre, fué convencido por su amante para que realizasen el acto a oscuras, condición puesta por el investigador para que el sádico no advirtiese la falta de color del líquido. La mujer, muy hábil, y deseosa de ayudar en sus estudios al médico, realizó a la perfección las instrucciones recibidas; pero, a pesar de todo, el vicioso descubrió fácilmente que la prostituta le engañaba. Posteriormente, el médico se puso de acuerdo con el vicioso que, por una fuerte cantidad, se sometió a toda clase de experimentos, y, cuando se le hizo saborear una pequeña porción de sangre artificial coloreada como la legítima, no supo distinguir a una de la otra, tomando a las dos por naturales.

En vista de esto, parece ser que es únicamente el color rojo lo que determina la excitación sexual, y no el sabor de la sangre. Este hombre a que nos referimos, podía precisar el color de una

sustancia líquida con sólo saborearla; afirmaba que la sangre no le producía otra sensación gustativa que la de un líquido ligeramente salado, aunque su predisposición especial para percibir el color rojo mediante el sentido del gusto, le engañaba algunas veces, especialmente en lo que se sefería al grado de tonalidad. Esta "gustación coloreada" del sádico vampiresco parece ser un fenómeno rarísimo, mucho más que la audición del color, bastante frecuente con relación a la anterior.

Por otra parte, no es de creer que sea el color de la sangre el factor esencial del vampirismo, sino su valio o su sabor tal vez. *Jack el destripador* cometía sus crímenes sádicos por la noche y en la oscuridad precisamente, y, aunque no se tienen noticias de que saborease la sangre de sus víctimas, tampoco puede decirse que fuera el color rojo lo que motivase sus bestiales exaltaciones eróticas.

Lo que sí parece estar demostrado es que los sádicos sanguinarios practican su perversión con mujeres de piel muy blanca, sin duda en virtud de que el contraste del rojo y el blanco es más acentuado que en una piel morena.

Estos sádicos sanguinarios pueden curarse de su perversión si dejasen de relacionarse con mujeres de piel blanca. Un individuo de nacionalidad belga, que había cometido varios delitos sádicos, aunque no graves, cuando llegó al Congo y se instaló en el interior del país donde no había más mujeres que las indígenas, dice que olvidó su repugnante vicio, "porque la piel oscura no le llamaba la atención, ya que la sangre apenas si se destacaba del fondo".

No obstante, este fenómeno, que no es raro, se afirma en bases tan remotas que su explicación resulta poco fácil. Se ha pretendido afirmar que la fascinación de la sangre está íntimamente relacionada con las escenas del nacimiento, en cuyo acto el individuo saluda a la existencia envuelto en la sangre de la madre. Esto, naturalmente, no puede demostrarse, como la mayor parte de las teorías psicoanalíticas. Se sabe de un individuo que mostraba gran predisposición por los delitos de sangre; se comprobó que fué extraído del vientre de su madre por medio de la operación cesárea. Pero, en cambio, ha habido muchos célebres vampiros que nacieron normalmente, como la inmensa mayoría de los mortales.

LA NECROFILIA

Su definición más apropiada.—El antiguo culto a los muertos.—La cohabitación tolerada con los cadáveres.—Concepto psicoanalítico. Se desconoce su base normal.—La influencia del hábito.—Varios casos célebres.—El vampiro de Muy.—Religiosos necrófilos.—El crimen del templo de Kamakura.—Un suceso en China.—El enfermero necrófilo.—Doña Juana la Loca.—Fantasmas necroeróticos.—Casas de prostitución.—Resumen.

Definimos la *necrofilia* diciendo que es una perversión de objeto caracterizada por la atracción erótica que ejercen los cadáveres, y, en general, todo lo que recuerda a la muerte. Lo mismo que el vampirismo, la necrofilia es una manifestación sádica o sado-masoquista, en el sentido de que ambas implican un interés idéntico por la destrucción y la muerte del objeto amado o sexualmente deseado. En ambas también, el fin normal está habitualmente conservado, consistiendo la anomalía en la solicitación del deseo erótico por un objeto privado del movimiento de la vida.

Por lo general, el gran sádico que mata al objeto de su pasión, termina por poseer sexualmente el cadáver y algunas veces por destrozarle los órganos genitales. En la necrofilia no existe ese horror que inspira la muerte, que, en el estado normal, neutraliza por completo los impulsos eróticos. Esta falta de miedo o de respeto a la muerte es muy frecuente en los enterradores, religiosos y soldados, aunque se trate de individuos mentalmente normales, pero de escasa o nula moralidad.

Desde el punto de vista psicológico, se ha intentado analizar la atracción sexual de la muerte. El profesor Hesnard funda el hecho en razones sociales más que biológicas, cuyo aspecto ya tratan los psicoanalistas, como veremos después. Se funda, principalmente, en los ejemplos que nos ofrece la Historia acerca del antiguo culto a los muertos, como sucedía, por ejemplo, en el antiguo Egip-

to. No obstante, aunque este culto fuera sagrado, y los muertos fueran considerados como dioses, cuando moría una mujer de calidad, sólo se entregaba su cuerpo a los embalsamadores después de varios días, cuando el cadáver hubiese entrado en período de avanzada descomposición, porque entre estos hombres era costumbre poseer sexualmente a los cuerpos femeninos antes de embalsamarlos. Herodoto hacía alusión en sus libros a estos hábitos macabros de los embalsamadores egipcios.

Vemos, pues, que el respeto a la muerte se observaba entre las gentes que no estaban familiarizadas con ella, hasta el punto de que un cadáver era un objeto sagrado; pero lo mismo que entre los modernos sepultureros, los muertos inspiraban también una atracción sexual que, hasta cierto punto, es compatible con la normalidad mental.

En Marruecos se ha llegado al extremo de practicar actos homosexuales con los cadáveres de los enemigos recién muertos. Esto más bien parece implicar un movimiento de desprecio y de odio al enemigo que la manifestación de un impulso sexual irreprimible, ya que los moros no tienen inconveniente actuar como sujetos activos o pasivos en esta modalidad sexual que, en lo que a los musulmanes afecta, no es más que un hábito y rara vez un acto de inversión, puesto que nunca les faltan mujeres de quienes echar mano. En otros pueblos primitivos, como, por ejemplo, en Australia, el hombre que se queda viudo puede cohabitar con el cadáver de su mujer hasta que entre en descomposición.

En el Japón, también es un hecho social y religioso el respeto a los muertos, puesto que, una de las religiones fundamentales, el shintoísmo, se inspira en la vida de los espíritus. Por eso, no tiene nada de particular que un japonés inculto se sienta atraído sexualmente por el cadáver de una mujer hermosa, ya que se trata sólo del cuerpo, de un materia inerte, puesto que el espíritu, el alma, el *khami*, como dicen ellos, ha abandonado ya lo perecedero, que es la carne, sobre la que ya no es posible arrojar más impurezas que las que nacieron con la ausencia del alma.

Por lo que concierne a la energía de la potencia psíquica inhibidora, es posible decir que, en cuanto a los perversos, la impulsión erótica reposa fuera del objeto normal—la persona viva—y tiende a procurar la satisfacción brutalmente egoísta del individuo, más o menos violentamente hostil a todo ser que no sea él mismo. Viviendo una vida propia, la tendencia necrofílica aparece como

intensificando su aspiración, hasta el punto de que sólo un objeto desprovisto de personalidad y de movimiento, es decir, que no experimente sensación alguna, pero que se parezca en absoluto al normal, es lo que puede servirle para la satisfacción de sus anhelos. "Mientras que el homosexual busca un ser que sea la imagen de sí mismo, y el fetichista se satisface con un simple elemento de otra persona, el necrofílico busca a esta persona a condición de que, siendo inanimada, pueda estar por entero a merced de su voluntad. El fetichismo de la muerte evidencia hasta el máximo la gran paradoja psicológica de la perversión: reemplazar la tendencia normal, es decir, lícita ante otro, pero prohibida para sí mismo, por una tendencia lícita a sí mismo, pero trágicamente prohibida para otro." (Hesnard.)

Las definiciones que pretende hacer el psicoanálisis de esta perversión, nos parecen francamente ridículas, por no decir disparatadas. Ana Freud y María Bonaparte, que han realizado muchos estudios sobre la necrofilia, quieren ver en este fenómeno la persistencia de una voluptuosidad infantil adquirida por el hecho de haber dormido cerca de la madre o de una persona que hiciera sus veces, como la nodriza u otra persona cualquiera, en la que el niño vió un cuerpo querido "desarmado en el sueño, y que no se defiende". También se dice que puede ser el resultado de la obsesión producida por un ser amado que, en la infancia, se vió expuesto en su lecho de muerte.

Epaulard dice que, lo mismo que el pichón sigue acariciando a la paloma muerta (1), así el necrofílico busca en un cadáver la satisfacción de un amor antiguo, ya perdido para siempre, al que quiere permanecer completamente fiel. Otro autor, que no se hace solidario de tan convencionales argumentos, dice: "Puede ser este elemento de fidelidad inconsciente, lo que constituye una atenuante de la necrofilia... Mas esta teoría poética de la necrofilia, no expli-

(1) Esta comparación es completamente inadmisible, porque no es sólo el pichón, sino todos los animales, incluso el humano, el que acaricia a sus muertos queridos demostrándoles su amor, un amor ya sin reciprocidad posible, sin que en ello intervenga el menor elemento sexual. No hay derecho a decir que es un necrófilo el hombre que ante el cadáver de su esposa amada expresa su dolor besándola apasionadamente en la boca, como si con sus caricias quisiera resucitar el cuerpo cuya desaparición, de momento por lo menos, considera honradamente irreparable. Ahora bien, si llegase a profanar el cadáver, por mucho que le hubiese amado en vida, tendríamos que decir que era un necrófilo, perversión que, por cierto, no se ha observado jamás en los pichones.

ca por qué es la muerte lo que, específicamente y de un modo profundamente anormal, realiza este deseo infantil, que siempre será más fácil de llevar a cabo contentándose, como el poeta de la "Durmiente", con ver dormir a una mujer viva o violar a una bella dormida."

La teoría de Ana Freud y de María Bonaparte, tampoco puede convencernos como explicación adecuada del fenómeno. Para comprobar hasta dónde pudiera llegar la veracidad de tales afirmaciones, y el fondo "psicoanalítico" que se las pretende atribuir se investigó en los antecedentes infantiles de cuatro necrófilos. Y dió la casualidad de que tres de ellos no tenían padres conocidos, puesto que fueron depositados en casas de maternidad a las pocas horas de nacer, es decir, que no durmieron nunca en compañía de sus madres, ni tampoco hubo mujer o persona alguna que les profesase un cariño maternal, criándose a fuerza de biberón o por procedimientos análogos y usuales en dichos establecimientos.

Hasta ahora, dicho sea con franqueza, no se ha podido demostrar de un modo incuestionable cuál es la base auténtica de la necrofilia, que, en manera alguna, puede tener una explicación biológica, a no ser que queramos buscarla en las leyes de la herencia, extremo que tampoco está dilucidado. "En las obras del marqués de Sade—dice Bloch—se hace observar que, en esta extraña aberración sexual, ejerce su influencia un elemento algolagnista, que puede ser sádico o masoquista, y que consiste en que se trata de un ser, el cadáver, completamente indefenso, que no puede protestar de la injuria que se le inflige, y de la figuración de la descomposición, del hedor, del frío de aquel cuerpo y del pavor. En este fenómeno también puede ser la ocasión la causadora. Soldados y frailes, que estuvieron encargados de velar difuntos, abusaron de cadáveres femeninos, si se les presentó una súbita excitación sexual. La profanación de un cadáver no es un hecho tan poco frecuente, como hasta ahora se ha creído; pero, así y todo, "pertenece a una de las aberraciones sexuales de las que se tienen poquísimos datos y observaciones auténticas, y éstas proceden, generalmente, de autores franceses.

La anulación del sentido moral, la demencia, la embriaguez, etcétera, son estados propicios a la producción de las excitaciones necrofílicas. Como elementos normales, si bien anejos a la pérdida del sentido de la moral y de la estética, el hábito de ver cadáveres y andar entre ellos destruye por completo todo sentimentalismo y reduce a la nada el respeto que inspira la muerte. Quien no es médico, no se explica cómo un anatomista puede "tener estómago" para comer carne, sin acordarse de que ha despedazado un cadáver. La esposa de un médico amigo mío, firme en esta creencia, no se explicaba cómo su marido dejaba de comer cualquier manjar si encontraba en él un pelo, y, en cambio, no tenía la menor repugnancia en practicar la autopsia en el cadáver de un ahogado de quince días, en verano. Pues este hábito, que así inmuniza el "estómago" del médico, es el que hace otro tanto con la mentalidad del fraile, el soldado o el sepulturero, que se ven a solas con el cadáved de una mujer que fué joven y bella.

En un pueblo español, no hace mucho tiempo, murió una joven, cuyo sepultura se encontró violada al día siguiente de ser enterrada. Varios muchachos del lugar cometieron con el cuerpo el crimen de necrofilia, como si dijéramos, "por odio de castas"; la joven pertenecía a una familia bien acomodada, que jamás prestó oídos a las declaraciones amorosas de aquellos salvajes, y, siendo tan deseada en vida, sólo pudo ser conseguida después de muerta.

En otros casos, la determinante de la necrofilia ha sido la incultura, la fanfarronería y la falta de medios lícitos de satisfacción sexual. Dos muchachos de diecinueve y veinte años, ambos de mala herencia, violaron una noche una sepultura donde el mismo día fué enterrada una joven bellísima muerta de unas tifoideas. Ambos individuos estaban empleados en un matadero.

Krauss dice que a la necrofilia va unida, en parte, la creencia en los vampiros. "En los países sudeslavos—dice—se encontraron a veces desenterrados los cadáveres de mujeres jóvenes, profanados por los necrótilos, que después les cortaban los pechos y les extraían los intestinos." Otro autor refiere que, en el cementerio de un pueblo húngaro, se descubrió el cadáver de una muchacha de veinte años al que le faltaban los pechos. Estos fueron descubiertos por un perro en el domicilio de un pastor que, inútilmente, había requerido de amores a la joven.

Eulemburg refiere el caso de un individuo, el cual, hallándose en estado de embriaguez, profanó el cadáver de la mujer de un jornalero en la propia habitación mortuoria. Agrega que el criminal se había hecho culpable de varios delitos sexuales, a consecuencia de una intensa hiperestesia sexual. Se comprobó que, además de alcohólico, era un enfermo mental, por lo que fué recluído en un manicomio.

Bloch cita el siguente caso: "De Schonau, en la frontera bohemio-sajona, nos dicen lo siguiente, que la imaginación se resiste a creer: En el cementerio de aquel lugar fué enterrado por la mañana el cadáver de la señora Maschke, casada, y de treinta años de edad. Al ir por la tarde una mujer del pueblo a visitar la tumba de uno de sus parientes, inmediata a la de la señora citada, sepultura que no había sido acabada de cubrir con tierra, observó, con el terror fácil de comprender, que la tapa del ataúd se movía. Corriendo, fué a avisar al guardián del cementerio, que acudió con varios hombres, y, con estupor y espanto, sorprendieron al asilado Wokatsch, que ya habia sufrido algunos castigos, cuando se disponía a profanar el cadáver. El bestial criminal fué detenido inmediatamente y entregado al Juzgado correspondiente. Poco después tuvo lugar una inspección judicial en el lugar del suceso, para lo cual fué extraído el cadáver de la sepultura, a fin de poder testimoniar hasta qué extremo había llegado el criminal en su abominable delito."

El caso del sargento Bertrand, fué célebre hasta 1849. Se trataba de un joven de apariencia correcta que, por la noche, escalaba los muros del cementerio de Montparnase, de París, para violar las sepulturas y morder y mutilar los cadáveres, especialmente los de las mujeres, al contacto de los cuales se entregaba a las prácticas autoeróticas, realizando algunas veces el acto sexual completo.

Otro asunto célebre fué el del vampiro de Muy, un tal Ardisson, débil mental que vivía de la caridad pública, que violaba los cadáveres de las mujeres, de cualquier edad, que eran enterrados en el cementerio de su pueblo. Este individuo desenterró el cadáver de una muchacha, se lo llevó a un granero y cohabitó con él a diario hasta que la putrefacción lo destruyó completamente. Acerca de este necrófilo, un investigador que estudió detenidamente el caso, dice que Ardisson era un gran débil sin moral sexual, un pobre bribón de sexualidad imperiosa y polivalente, ya que, siendo más joven, satisfacía sus impulsos eróticos mediante la prostitución, la homosexualidad, el bestialismo, etc., sin reparar nunca en escrúpulos de ninguna clase. Ciertas circunstancias favorables le dieron la idea de una posibilidad de satisfacción inesperada y confortable con los cadáveres. Padecía de anosmia congénita, es decir, falta del sentido del olfato. Con sus macabras amantes, se portaba

con gran terneza, tratándoles como si fuesen seres vivos, pues llegó hasta el extremo de adornarles con flores, peinarlas, etc.

Un caso más reciente es el de Barlemont, un individuo, carnicero de profesión, gran bebedor además, que mató a su mujer de un tiro. Guardó el cadáver, y durante veintisiete días practicó el acto sexual completo con aquellos restos.

Se refiere el caso de dos frailes de un convento de Bulgaria, donde era costumbre depositar los cadáveres durante una noche con el fin de celebrar los fuerales, que, siempre que se trataba de una mujer joven, profanaban el cuerpo, practicando actos completos. Varios autores refieren casos semejantes de cuando era costumbre que los cadáveres permaneciesen una noche en los templos.

En la casa-misión de unos religiosos residentes en China ocurrió un suceso que costó la vida a un fraile. Por la mañana había muerto, a consecuencia de la caída de un caballo, una joven señora americana, cuyo cuerpo quedó depositado en la capilla mientras venían a recogerle para darle sepultura. Un criado de la muerta, que se levantó por la noche con el fin de cuidar de los blandones, sorprendió a uno de los religiosos profanando el cuerpo. El criado disparó sobre el necrófilo, produciéndole la muerte instantáneamente. Amenazando de muerte a quienes intentaron acercarse, consiguió que se vieran las razons que tuvo para matar al fraile.

Mi entrañable amigo el doctor japonés Hiro Jimoto me refirió el siguiente caso: A unos treinta kilómetros de Yokohama, siguiendo la línea férrea de la costa que va a Tokío se encuentra la población de Kamakura, floreciente en otros tiempos, pero extinguida su grandeza en la actualidad.

En ciertas épocas del año, acuden a la ciudad numerosas peregrinaciones para visitar los templos de Hachiman, Daibutsu y la diosa Kwannon, y en todo tiempo abundantes turistas que, fuertemente influenciados por las narraciones del pasado del Dai Nippón, quieren aspirar por unas horas las fragancias del perfume de vaso vacío que trascienden de la vieja y legendaria ciudad de Kamakura.

Un día, de entre las frondas del bosque inmediato a la colosal estatua de Buda Guathama, unos campesinos descubrieron el cadáver de un muchacho que presentaba en el vientre dos profundos cortes cruzados en forma de aspa. Por la doble herida salía gran parte del paquete intestinal, en un horripilante amasijo de sangre coagulada y heces fecales.

Inmediatamente se pensó en la posibilidad de un suicidio ejecu-

tado con arreglo a las normas tradicionales del famoso "harakiri", pues tales eran las características de la bestial herida. Mas la hipótesis fué inmediatamente descchada, ya que, por muchas investigaciones que se hicieron, no fué posible encontrar el arma que necesariamente, hubiese tenido que utilizar el suicida, a más de que el cuerpo tampoco estaba decapitado, como es costumbre que un amigo de la víctima lo haga.

El cuerpo fué trasladado al depósito de Yokoshukia cuando la consintió la Policía, y, al iniciar la diligencia de la autopsia, el doctor Jimoto advirtió, con verdadera sorpresa, que faltaban al cadáver sus órganos genitales, seccionados al nivel de la pelvis. La ausencia total de sus funciones sanguíneas, demostró claramente que la mutilación fué efectuada después de haberse paralizado por completo la función circulatoria en el cuerpo de la víctima.

El forense, luego de comprobar la inexistencia de desgarros en el orificio anal y la ausencia completa de otros signos de violencia anteriores a las heridas del abdomen, examinó detenidamente los profundos cortes, en cuya intersección advirtió la presencia de un núcleo de licor espermático, así como dos manchas escamosas de moco seminal en la piel inmediata al corte.

Ya no hubo dudas en cuanto al móvil del crimen. Se trataba de un acto de gran sadismo cometido por un sátiro monstruoso de la escuela de Gilles de Rais. El informe pasó al juez, y la Policía trabajó en vano para desenmarañar el misterio que rodeaba al hecho.

Y un mes después, casi en el mismo sitio, se encontró otro cadáver casi en idénticas condiciones, sin desemejanza alguna con las del crimen anterior. Esta vez pudo afirmarse, de una manera incuestionable, que ambos cuerpos fueron trasladados, después de muertos, al lugar en que se hallaron.

El Gobierno, un centro de detectives y dos periódicos ofrecieron fuertes primas a quien pudiera aportar algún dato que señalase la pista para el descubrimiento del feroz asesino. Y el premio lo cobró un joven limpiabotas americano.

Cierto día en que varios turistas extranjeros habían estado en Kamukura, el betunero perdió un tren que salía para Yokohama poco después de las cinco de la tarde. Para hacer tiempo hasta las siete, hora en que pasaba el rápido de Tokío, fuese dando un paseo hasta el templo de Kawannon.

En el camino, un "heimin" le pidió lumbre para su cigarro, en

correcto inglés, por lo que el muchacho advirtió que aquel japonés no era un campesino, como quería probar su vestimenta, y así se lo dijo. En efecto, se trataba de un hábil detective que vigilaba aquellos lugares.

—Ten cuidado, muchacho; no sea que mañana vengamos por ti en el coche de Yokoshukia—le dijo el policía en son de chanza.

—No hay cuidado, señor; para eso sólo sirven los amarillos—replicó, sonriendo, mientras proseguía su apacible paseo.

Llegó el buen limpiabotas ante las puertas del templo, en ocasión en que los bonzos se entregaban a sus liturgias. En esto, un bonzo, hombre fuerte y sanguíneo, se le acercó para invitarle a una taza de "sakké", la bebida nacional japonesa hecha a base de arroz fermentado. Y el muchacho, como buen americano, consciente de los sanos principios en que se inspira la ley seca..., no tuvo inconveniente en aceptar el convite.

Echaron a andar camino de una boncería, distante del templo doscientos metros, en tanto que el religioso budhista, que le había pasado un brazo por los hombros, le hablaba de Kamakura y de sus bellezas y de lo bien que se vivía en aquellas soledades.

Pero algo extraño, una misteriosa inspiración acaso, le hizo advertir en el bonzo la insinceridad de sus palabras, y en seguida acudió a su imaginación una sospecha terrible.

Pretextando que se le hacía tarde, el americano rehusó la invitación, y, ni corto ni perezoso, se despidió del sacerdote, corriendo hacia donde se separó del supuesto "hiemin", a quien comunicó sus sospechas.

El caso era grave: se trataba de un religioso, y este carácter no sólo le impedía detenerle, sino hasta interrogarle siquiera. Pero, ¿no podría ser este bonzo el monstruoso autor de los crímenes de Kamakura?...

No lo pensó más, y, llegando hasta la estación, tomó el teléfono y comunicó con la Jefatura de Policía de Yokohama, explicando a su jefe cuanto sucedía. Hubo titubeos y reflexiones; pero, al fin, accedió el jefe a enviarle cuatro agentes que, una hora después, llegaban a Kamakura portando la orden judicial de detención contra aquellas personas que el portador estimase oportuno, sin distinción de jerarquías.

El detective marchó con sus hombres y el americano hacia la boncería donde se hallaba el sacerdote de Budha, y, mostrando la orden de detención, quedó custodiado por tres agentes, mientras el

detective reconocía las dos habitaciones de la frágil casa, cuyo piso se hallaba cubierto por esas esterillas de raffia llamadas "tatamis".

Nada anormal descubrió hasta que levantó una de las esteras. Advirtió que, sobre la tierra arenosa y blanquecina, se acusaban ciertas manchas herrumbrosas, que le infundieron sospechas. Removió el piso con el pie, y entonces quedó convencido de que aquella pasta endurecida y reseca era sangre.

Ya no había duda de que los dos crímenes se habían perpetrado en la pequeña estancia, en la que no había más que un cajón con ropas, algunos libros sobre un estante y dos jarrones de loza de Satzuma.

Volviendo a la habitación donde se encontraban los agentes vigilando al bonzo, el detective se le quedó mirando con un gesto de profunda repugnancia. El sacerdote comprendió que había sido descubierto, y, sin oponer resistencia alguna, se dejó esposar.

Cantó de plano en la Jefatura ante la policía y el doctor Jimoto, a cuya perspicaz habilidad profesional no pasaron inadvertidos ciertos rasgos característicos de degeneración que presentaba el monstruoso bonzo.

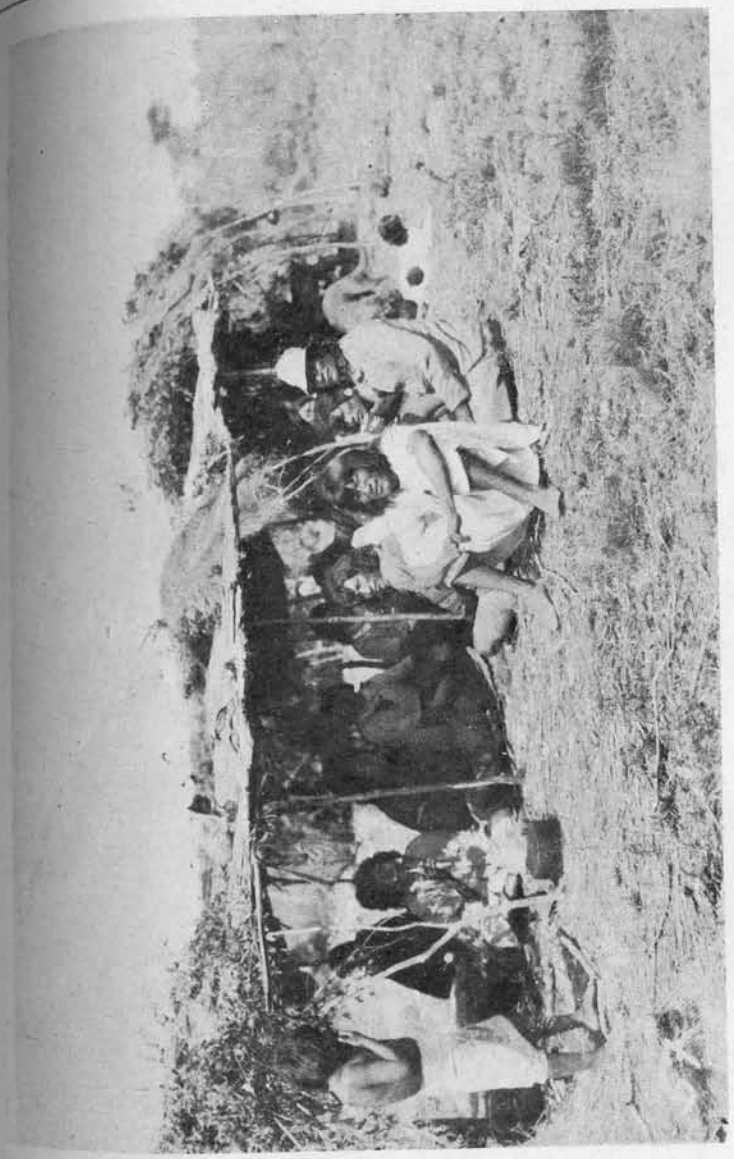
Reveló en qué circunstancias había cometido los dos asesinatos y las mutilaciones de los cadáveres, que coincidían exactamente con la apreciación forense. Por sus indicaciones, fué hallada el arma: un corto cuchillo de fabricación indígena, de afiladísima y ancha hoja.

Extrañado el doctor de que los cadáveres no presentasen equimosis o arañazos u otras señales que denotasen una lucha previa para vencer la resistencia de sus víctimas, confesó que se había valido de influencias hipnóticas, ciencia que aprendió en la India siendo muy joven.

Cuando conseguía ver dormidas a sus víctimas, se iniciaba en el bonzo una sensación voluptuosa, llegando hasta la erección peniana. Rápidamente asestaba los cortes abdominales; pero cuando el hipnotizado recobraba la consciencia, ya era demasiado tarde para defenderse.

Entonces introducía el pene en la intersección de las heridas, y las débiles convulsiones del cuerpo agonizante completaban el mecanismo de la terrible cópula que producía el orgasmo y la consiguiente eyaculación en el sádico, más intensa, según su confesión, que las sensaciones producidas por un ayuntamiento normal.

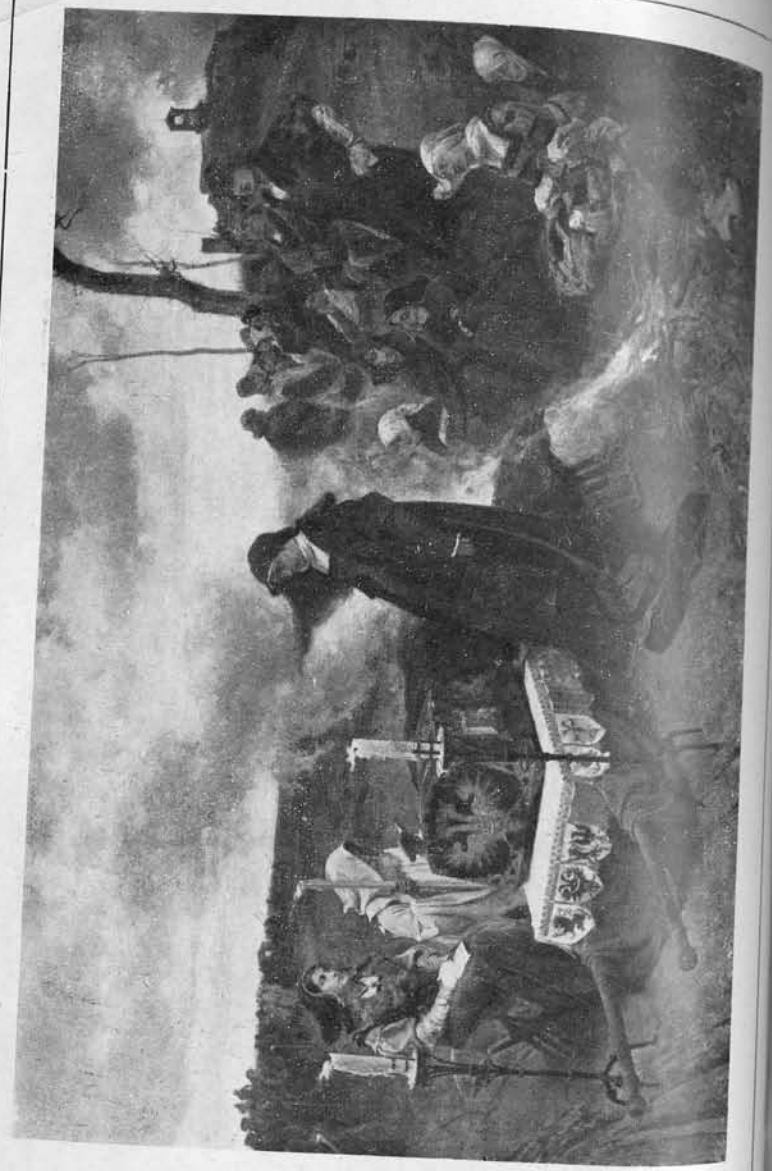
En cuanto a la mutilación de los genitales de los cadáveres,



«TOLDERÍA» LENGUA

Es dificilísimo obtener detalles de la vida sexual de estos semicivilizados, aunque no habiten lugares más cerrados que estas chozas.

LAMINA V



DOÑA JUANA LA LOCA

Célebre cuadro de Pradilla que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid, y que es un documento que acredita la necrofilia de la infeliz hija de los Reyes Católicos.

LAMINA VI

afirmó que, una vez que los había conducido al lugar en que fueron encontrados, les practicaba la sección del pene y del saco escrotal con los testes, y, cuando tornaba a la boncería, lavaba la sangre de los despojos, se echaba sobre la esterilla que utilizó como lecho, y, oliendo y succionando los miembros mutilados, experimentaba, una vez más, el espasmo erótico, seguido de una escasa evaculación seminal, pero cuyo placer era más intenso y prolongado que el conseguido con la intromisión de su pene en la herida caliente de las víctimas que inmoló a su espantosa lujuria.

Esta horrible excitación venérea la experimentaba hasta que los restos entraban en un período de avanzada putrefacción, y entonces los arrojoba dentro del templo, donde no tardaban en ser devorados por las ratas. Y cuando esto ocurría, sentía la necesidad de una nueva víctima, medio único de mitigar la llama de sus horripilantes ardores eróticos.

Ocho días después, la cabeza del bonzo rodaba bajo el filo del yatagán de un verdugo.

Durante unos sucesos que tuvieron lugar en Shanghai, con motivo de la xenofobia china, fué apresada la hija de un comerciante europeo por una partida de bandoleros amarillos. Enterada la joven de que su padre había muerto en el ataque al establecimiento, intentó poner fin a su vida, para lo que la ayudó un joven chino que había estado a su servicio y la profesaba gran afecto. Esto da idea de los martirios a que los forajidos intentaban someter a la infortunada. Para poner en práctica sus pensamientos suicidas, se sirvió de una pistola que la facilitó el criado; disparó, pero sólo se produjo una herida leve en la frente, no pudiendo realizar su propósito por habérsele encasquillado el arma.

Al ruido de la detonación, acudió uno de sus carceleros, el cual, deseoso de evitarse el cuidado de guardarla, la mató de un tiro. Otros chinos entraron en la estancia para enterarse de la causa de los disparos. Cuando comprobaron que aquello había sido un asesinato, mataron al guardián; esta medida radical fué adoptada por los malhechores, pues cuando murió la joven estaban disputándose su posesión. No obstante, uno de ellos se llevó el cadáver a su casa, y durante ocho días satisfizo su lujuria con el cuerpo descompuesto. Al cabo de ese tiempo entregó el cuerpo a otro bandido, quien repitió los mismos actos, y, cuando un tercero se presentó a reclamar su parte en aquellos despojos con la misma intención, el actual propietario le mató, guardando el cadáver de la

joven que, unos días más tarde, arrojó a un muladar, completamente descompuesto. El jefe de la sublevación, un chino educado en Europa, hizo traer a las hijas de los tres asesinos, a las que hizo dar muerte, obligando después a los padres a practicar con los cadáveres los mismos actos que realizaron con el de la europea, fusilándolos después.

Un caso verdaderamente horrible de necrofilia es el de un enfermero de un hospital europeo de Nueva Zelanda, el cual procuraba quedarse de guardia en las salas de enfermas graves e incurables. Este individuo se valía de inyecciones de morfina para matar a las enfermas, y, cuando comprobaba que ya habían tenido lugar los efectos del alcaloide, profanaba los cadáveres, aún calientes, de sus víctimas. Fué asesinado por el marido de una de ellas en el momento en que, habiéndose descubierto sus crímenes, iba a ser detenido por la Policía, que ya había recibido las denuncias de dos muertes de enfermas en tan extrañas circunstancias.

En las formas menos graves de la perversión, tenemos la "pequeña necrofilia". En este caso, la atracción erótica se manifiesta por cualquier carácter que recuerde a la muerte, como las decoraciones macabras, las situaciones trágicas, etc., y también, en otro orden, por las personas gravemente enfermas, deformes, faltas de cualquier miembro—en lo que la expresión es más bien masoquista—, heridos, etc. En muchos casos, la determinante psicológica es una mezcla de sadismo y masoquismo, y en otros, parece ser la piedad, la pena que inspira el objeto, lo que induce al pequeño necrófilo al amor sexual. Una mujer que resultó con ambas piernas y un brazo amputados, a consecuencia de un accidente ferroviario, fué violada por un individuo, al que se le probó un delito de gran necrofilia. Manifestó que realizó el atentado porque tenía la seguridad de que la mutilada no opondría mayor resistencia que la que opusiese un cadáver.

Un caso de necrofilia, inmortalizado por la Historia, es el de Doña Juana la Loca, la infortunada hija de los Reyes Católicos. La muerte de su marido, Felipe *el Hermoso*, la trastornó la razón, y no quiso sepultar el cuerpo amado, con el que paseó por distintas ciudades durante varias semanas. Durante el viaje que hizo desde la Cartuja de Miraflores a Granada, no quiso depositar el cadáver de su esposo en un convento de monjas, por temor a que las religiosas se enamorasen de él. Esta escena del viaje está representada en el hermoso cuadro de Pradilla, que figura en el Museo de Arte Moderno, de Madrid (lámina VI).

La infeliz reina no llegó a profanar el cadáver de su esposo; pero, en cambio, pensaba en la posibilidad de que otras mujeres pudieran profanarlo: es un caso, que pudiéramos llamar, de "celos necrofílicos".

Hay individuos en los cuales el erotismo se manifiesta con la vecindad de la muerte. Hesnard habla de un neurópata, muy religioso y de una vida sexual práctica únicamente autoerótica, el cual se sentía excitado, muy a pesar suyo, en las iglesias y los cementerios. Los cantos litúrgicos de los funerales, la pompa fúnebre y la música le comunicaban una especie de exaltación mística mezclada de erotismo.

Los fantasmas necro-eróticos del masturbador consisten siempre en imaginarse el cadáver de una mujer que adquiere vida mediante el contacto sexual. Un individuo muy tímido, de herencia neuropática, soñaba con mucha frecuencia con una mujer a la que vió en una actitud íntima en cierta ocasión. Aunque esta mujer era relativamente asequible, en virtud de su vida bastante licenciosa, el neurópata no la solicitó nunca, seguro de que le rechazaría. Soñó varias veces que la narcotizaba o, bien, que estaba muerta, no oponiendo, por tanto, resistencia a los actos que con su cuerpo ejecutaba. Para lograr la excitación sexual le bastaba sólo pensar en que aquella mujer había muerto. Entonces empezaba a masturbarse, consiguiendo el orgasmo en el momento en que se imaginaba que poseía el cadáver.

En algunas casas de prostitución instaladas con "todos los adelantos" y especiales "para los curiosos" que se anuncian en algunos periódicos, existen habitaciones preparadas como cámaras mortuorias, en el centro de las cuales se levantan catafalcos rodeados de blandones y otros atributos fúnebres. He tenido ocasión de ver una de estas cámaras en un célebre burdel parisién. El escenario estaba preparado para recibir a un acaudalado hombre de negocios, el cual acostumbraba a ir un par de veces al mes, previo aviso, para imaginarse que violaba el cadáver de una gran trágica francesa fallecida hace unos años. El hombre pagaba espléndidamente a los actores de la comedia, y así hasta la quincena siguiente, en que volvía a repetirse en las mismas condiciones.

Este individuo llegaba siempre de rigurosa etiqueta de luto, llevando en las manos un gran ramo de flores blancas y rojas.

En la puerta de la casa era recibido por un criado de librea, enlutado de pies a cabeza, y con gesto siempre compungido. Una prostituta, que tenía que hacer el papel de amiga de la muerta, refería al visitante la forma en que ocurrió el accidente que costó la vida a la infortunada actriz. Después de estas escenas, entraba solo en la cámara mortuoria, en la que sobre un lecho de almohadones de raso, sin féretro, y rodeado de seis blandones, yacía el cadáver de la artista con el rostro cubierto por un velo blanco.

Oraba unos instantes ante el cuerpo exánime, y a continuación cerraba todas las puertas de la estancia. Luego, cuando estaba seguro de que nadie le veía—esto, en un prostíbulo, es imposible—, acercaba una silla al catafalco y, encaramándose en él, después de besar y acariciar al supuesto cadáver aun en los sitios más íntimos, realizaba el acto sexual. Por último, colocaba en orden sus ropas, se calaba los guantes y la chistera y salía, correspondiendo a las reverencias que le hacían los fingidos criados. Pagaba tan bien aquellas escenas, que los propietarios del burdel decoraron una habitación para aquel solo cliente.

En una casa de prostitución de Madrid era conocidísimo un señor de provincias que sólo podía practicar el acto sexual en las siguientes condiciones: la mujer tenía que yacer acostada como si estuviese muerta y con una soga atada al cuello. El sujeto en cuestión, tan pronto como la veía, se precipitaba a librarla de aquella ligadura, fingiendo la mujer que estaba a punto de morir asfixiada. El maniático la acariciaba repetidas veces, pero ella no podía recobrar el conocimiento hasta que aquel individuo no iniciaba la intromisión peniana en las vías naturales de la prostituta.

Un individuo no podía contener su impulso sexual cuando escuchaba música fúnebre. La *Danza macabra,* de Saint - Saens, ejercía tal influencia excitadora sobre su sexualidad, que tenía que recurrir a la masturbación si no encontraba otros medios más naturales para provocar la detumescencia.

La excitación erótica producida ante la visión de una mujer dormida, expresa una manifestación leve de los impulsos necrofílicos. Sé de varios individuos que jamás se sentirían atraídos por una mujer, a no ser viéndola dormida. En los prostíbulos no son desconocidos estos tipos que mandan a la amante ocasional hacerse la dormida, mientras ellos realizan toda suerte de maniobras lúbricas y antinaturales para terminar con el acto normal.

Esta modalidad de la perversión necrofílica es muy frecuente en la homosexualidad femenina. En el amor heterosexual también las mujeres tímidas, pero de excesivo temperamento sexual, pueden sentirse excitadas ante un hombre dormido. Un estudiante refiere que hallándose en su habitación de la casa de huéspedes donde vivía, sintió entrar una mañana a una joven de diecinueve años, hija de la patrona, la cual, creyéndole profundamente dormido, se puso a manosearle los genitales. Como es natural, el muchacho se excitó y dejó que ella siguiese la escena, siempre con igual sigilo. Terminó el lance como es de suponer, y cuando ambos tuvieron suficiente intimidad confesó la joven que en otras ocasiones se había deleitado manoseándole los genitales mientras se hallaba realmente dormido. Le dijo que en algunas ocasiones hubiera deseado que él estuviese muerto para poder maniobrar a su antojo. En este punto de su confesión, se advierte la tendencia típcamente necrofílica, que, en resumen, no se caracteriza por la atracción de la muerte, sino por la inmovilidad del cuerpo y la ausencia lógica de medios de defensa.

Como final del capítulo, hay que asegurar que el necrófilo obraría con más satisfacción con un cuerpo vivo y absolutamente inmóvil que con uno realmente muerto, puesto que su finalidad no es otra que asegurarse la impunidad de sus actos eróticos. Por esta razón, la necrofilia puede compararse con más exactitud al bestialismo que al sadomasoquismo, en cuya variedad está, esto no obstante, clínicamente incluída.

PERVERSOS CRIMINALES

Variedades de la perversión criminal.—Actitud de la mujer.—Las envenenadoras.—La última noche de Cleopatra.—La criolla antillana.—La influencia del clima.—Los escándalos coloniales.—El suceso de las Islas Hawai.—El capricho de una aristócrata egipcia.—Los «destripadores de mujeres».—El crimen del portugués.—Criminales famosos.—La perversidad refinada.—Las menopáusicas.—Las damas del orfelinato.

Todos los criminales que cometen delitos relacionados con la sexualidad son grandes perversos. No obstante, hay muchos actos criminosos que no tienen por fin directo la satisfacción del impulso sexual, si bien la suma de todas esas actividades delictivas concurre en un punto cualquiera de la sexualidad, consciente o inconsciente.

La perversión sexual en sus grados extremos se manifiesta en las mujeres, coincidiendo casi siempre con estados neuropáticos derivados de la función menstrual. En estos casos, el erotismo femenino adquiere caracteres insospechados, y la criatura más humilde y de costumbres más austeras, se convierte, en un momento dado, en un verdadero monstruo de lujuria. Claro es que se hace preciso distinguir en estos fenómenos la finalidad esencial del impulso: la mujer que en virtud de sus trastornos endocrinos incendia, por ejemplo, un bosque, no persigue un goce específicamente sexual como la ninfómana que se sirve de un niño para apagar los ardores de su sexualidad desequilibrada. En el primer caso, es posible que el espectáculo del crimen cometido equivalga a un sucedáneo de la excitación normal, y es probable también que sus deseos sexuales ignorados queden satisfechos por medio de tan extraña emoción. Sucede entonces que la manifestaeión del impulso es inconsciente lo mismo que la satisfacción, y la perversidad deja de relacionarse directamente con las

impulsiones eróticas específicas. En todo caso, ya se trata de estados neuropáticos polivalentes que a lo mejor se presentan en mujeres completamente frígidas y de temperamento sexual nulo, por lo menos en lo que se refiere a la consciencia del mismo.

Ahora bien, pese a las afirmaciones de los tratadistas italianos de la escuela de Lombroso, de que la prostitución de la mujer es el equivalente de la delincuencia en el hombre, se conocen infinitos casos de mujeres prostitutas de la peor especie, grandes degeneradas, parricidas, ladronas, etc., que jamás se han manchado las manos de sangre a causa de un delito sexual; si se conocen las historias de muchos vampiros, son completamente ignoradas las de mujeres que hayan cometido los mismos actos con niños o con hombres. De acuerdo con esas teorías lombrosianas —que no lo estamos—, sería posible decir que una mujer alcanzaría el grado máximo de degeneración al convertirse en prostituta por afición, por necesidad de su temperamento, en lugar de inscribirse como profesional en los registros policíacos, lo que casi siempre está determinado por numerosas razones que no tienen nada que ver con el temperamento sexual.

Dicho en una palabra, hay pocas mujeres necrófilas—sólo conozco un caso de necrofilia simbólica—, y ninguna «vampiresa»; las del cinematógrafo, o son frígidas sexuales, como la Greta Garbo, o son invertidas, como ocurre con muchas. Pero en el fondo, en lo que se refiere a esas formas extremas, son unas buenas chicas bastante infelices que nunca han dado que hacer ni a los jueces ni siquiera a los guardias municipales...

Pero esto sólo ocurre con la necrofilia. En cuanto al resto de las aberraciones, como el sadomasoquismo, la escatofagia y el simbolismo erótico, se han dado casos verdaderamente asombrosos que en nada desmerecen de los registrados entre los perversos del género masculino.

Partamos de una base, y es que la mujer perdona menos que el hombre, y muchas veces no perdona jamás las traiciones o los desengaños amorosos. Esta sola convicción, suficientemente demostrada, sirve para que no tengamos la menor duda al afirmar que la mujer, como rival amoroso, es un enemigo muy poco recomendable.

Una de las manifestaciones sádicas más graves de la sexualidad femenina es el envenenamiento. A propósito de esto, dice Iwan Bloch: «Varios envenenamientos que, por lo general, son obra de mujeres, responden a inclinaciones sádicas: al menos fueron mujeres de vida muy licenciosa y sumamente exaltadas por su instinto sexual las más célebres envenenadoras profesionales, como la Jegado, la marquesa de Brinvilliers, la Ursino y la famosa envenenadora Gottfried, de Bremen, entre otras, lo que hace suponer con fundamento que en estos casos tienen cierta relación de origen los goces de la voluptuosidad y el instinto homicida por lujuria.»

La historia y la leyenda nos habla de Cleopatra, la cual, después de haber gozado con el hombre que la gustaba, ordenaba darle muerte. Se dice que la última noche de amor de la célebre emperatriz, fué con un arrogante pescador del Nilo, que se introdujo en el baño de Cleopatra para verla desnuda. Sorprendido el joven por los guardianes, fué conducido a presencia de la emperatriz, la cual le hizo saber que no viviría más que unos instantes. A cambio de ello, fué tan generosa, que se le ofreció para que la gozara. El pescador afirmó que después de ello nada le importaba perder la vida, mil veces preferible a renunciar al amor de la cruel reina después de haber gustado sus caricias. Después de una verdadera orgía de amor, el muchacho se ofreció a la reina para que se cobrase con la vida, y ella, en efecto, le hizo beber un mortífero veneno. Gozó la reina viéndole morir en medio de atroces convulsiones; pero cuando se dió cuenta del grandioso amor de aquel humilde, sintió que en su pecho ardía una intensa llama de amor por el agonizante, al que sólo un milagro pudiera haber vuelto a la vida. Pero como esto ya no era posible y la reina comprendió que jamás amó ni podría amar tanto a otro hombre, apuró de un sorbo el líquido que había quedado en la copa, y murió también. Esta fué la última noche de la emperatriz Cleopatra.

En una isla del Mar de las Antillas vivió una hermosísima criolla, hija de un mestizo y de una holandesa, que teniendo veinte años de edad heredó de su padre todas las posesiones en que trabajaban numerosos negros. La muchacha empezó a los catorce años a gozar de todos los deleites del sexo, y al llegar a los veinte ya se encontraba hastiada de placeres normales. Un día que visitaba las plantaciones vió a un capataz blanco, hombre débil y enfermizo, que golpeaba a un negro gigantesco con un látigo. La muchacha se enteró del motivo de aquel castigo, poco importante, que el negro aguantaba con una sonrisa en los la-

bios, a pesar de que sangraba por el rostro a consecuencia de los golpes. Esta escena impresionó vivamenet a la criolla, y por la noche soñó que gozaba viendo apalear a los negros.

Al día siguiente procuró enterarse de quiénes eran los esclavos que más faltas habían cometido, y al efecto, el capataz la presentó a cinco o seis de los más rebeldes, verdaderos colosos de ébano, que abusaban de su fuerza para cometer toda clase de tropelías con sus compañeros. Entonces la criolla hizo que el capataz y otros negros apaleasen a los levantiscos, presenciando el espectáculo cómodamente sentada en una butaca a la puerta de su casa. Como medida prudente de precaución, los infelices negros habían sido atados fuertemente a unos postes. No les valieron de nada sus súplicas de compasión : la criolla, cuanto más veía sangrar a los supliciados, más se enardecía, hasta el extremo de que ella misma cogió un látigo, descargando furiosos golpes sobre los desdichados.

Enloquecida de placer sádico, ordenó un alto en el suplicio, y dirigiéndose a los negros les dijo que sólo se librarían del castigo si eran capaces de calmar sus ardores sensuales. Al efecto, se encerró con el que parecía más fuerte en una habitación, dejándole perdonado y satisfecho una hora más tarde. Así sucesivamente fueron entrando los restantes, hasta que la joven no tuvo fuerzas para resistir más. Desde entonces, varios de aquellos negros se sometieron al látigo de los capataces con tal de hallar luego la recompensa de las caricias de la ardiente y bellísima criolla. Dos años más tarde contrajo matrimonio con un joven americano, y el nacimiento de un hijo fué el remedio para su brutal lujuria. Esta mujer apareció un día muerta, con el vientre abierto de una tremenda cuchillada, creyéndose que el autor del asesinato fué uno de sus antiguos amantes negros.

Muchos cientos de años antes, algunas emperatrices romanas y otras damas de la aristocracia practicaron este gran sadismo de asesinar a sus esclavos para excitarse sexualmente. En ciertas colonias europeas de Africa y Asia, donde la esclavitud de los indígenas no ha sido aún suprimida por las ideas liberales de la civilización. Un autor dice, refiriéndose a esto, lo que sigue: «En los europeos provoca el clima cálido una especie de voluptuosa crueldad denominada «furor o vértigo tropical». Su psicología es complicada, porque en ella se unen diferentes circunstancias favorables para dar lugar a que se manifieste. Ante todo

llama la atención que casi es exclusivo en los europeos que, con un cargo oficial y con gran poder autoritario, como jamás lo tuvieron en su patria, van destinados a los trópicos, generalmente a comarcas en las que se prescinde de todos los convencionalismos de la moral y de los hábitos sociales, y en las que el hombre civilizado puede dar rienda suelta a sus impulsos y se encuentra frente a una raza «inferior», a la que mira y trata como si fuesen animales o semianimales. La influencia del clima es también de suma importancia, sea porque el enorme calor ocasiona alteraciones en la transformación de sustancias orgánicas, y éstas, por formación de toxinas, perjudican al sistema nervioso central y a la psique, causando una impulsividad enfermiza unida a la completa depreciación de todos los principios éticomorales, o bien porque la elevada temperatura sólo provoca agudas manifestaciones del *furor tropical* en los alcoholizados crónicos. Sea lo que fuere, lo cierto es que este fenómeno se caracteriza frecuentemente por actos de refinado sadismo, como lo prueban los escándalos coloniales en todos los países.» (Bloch.)

En una colonia inglesa de Africa hubo una señora, esposa de un comerciante inglés, que hizo asesinar a cinco negros en menos de dos meses para satisfacer sus brutales instintos. La perversión de esta criatura no hubiera sido igualada por los más feroces inquisidores cristianos. Hacía atar a sus vístimas a un poste con los brazos en cruz, mientras que otro negro arrojaba sobre el cuerpo indefenso pequeñas azagayas. Para completar sus deseos, se hacía poseer por el verdugo, un negrazo de dos metros de estatura y de temperamento tan insaciable como el de su ama.

En una isla del Pacífico ocurrieron varios sucesos de esta naturaleza, de los que fué protagonista una joven hija de un funcionario europeo. Esta mujer tenía la costumbre de pasearse casi desnuda entre los indígenas, a los que provocaba con actitudes y gestos obscenos. Si alguno de aquellos semisalvajes intentaba propasarse, ella le cruzaba la cara con un látigo, del que nunca se desprendía, pero casi siempre terminaba por rendirse de buen grado al impulso del macho. No obstante, si alguno llegaba a brutalizarla, defendiéndose de los golpes, podía decirse que se jugaba la vida ; la joven, que para estas escenas no llevaba más que el látigo, volvía después armada de un rifle y, escondiéndose en la copa de un árbol o entre los matorrales, esperaba pa-

cientemente el paso de su ofensor, al que mataba de un certero disparo.

Hace unos meses, la Prensa del mundo entero comentó las circunstancias del proceso seguido contra un funcionario norteamericano y su esposa en una pequeña población de las islas Hawai, contra los que se levantó toda la población indígena. Aunque los periódicos no explicaron los motivos del proceso y los de la indignación de los indígenas, es lo cierto que el matrimonio, a pesar de ser americano, fué condenado a varios años de presidio.

Por lo visto, el matrimonio había tenido secuestrados a varios niños de ambos sexos, a los que infligieron graves castigos y lesiones corporales de importancia, con el fin de complacer sus impulsos homosexuales sádicos. Un joven indígena, hermano de una de las niñas secuestradas, descubrió el sitio donde el matrimonio tenía a las criaturas, en un hotelito situado en el bosque.

Estas formas criminales de la perversión algolágnica se observan con más frecuencia en la mujer que en el hombre, y a veces asociadas con el amor natural más acendrado. Esta modalidad puede constituir la base normal—dentro de la perversión—de las grandes aberraciones sádicomasoquistas; sádicas, porque se experimenta placer atormentando a la criatura—sadismo físico—, y masoquistas, por el placer que se experimenta en la misma compasión que produce el dolor de la criatura—masoquismo moral.

Hacia el año de 1909 se registró en Barcelona un caso de extremada perversión sádica, del que la Prensa se ocupó extensamente. Una mujer tuvo secuestrada durante muchos meses a una niña de diez años por el solo placer de hacerla sufrir infligiéndole toda clase de castigos corporales.

No hace mucho tiempo fué acusado un hombre de hacer víctima de malos tratos a una niña de cuatro años, hija de la mujer con quien vivía. El dictamen de los médicos afirmó que la criatura sufría heridas de mordiscos en distintas partes del cuerpo, especialmente en las nalgas, el rostro, los muslos y las manos. Declaró este individuo que jamás tuvo intención de hacer mal a la criatura, pero que era tanto su amor por ella, que no podía contener el impulso de morderla, arrepintiéndose después al apreciar los efectos de su perversa conducta.

Un autor holandés, Van Styk, refiere el caso de una aristócrata egipcia homosexual, cuyo sadismo era completamente mo-

nal, pues jamás llegó a inferir el menor dolor físico a las mujeres que elegía como objeto de su depravada sexualidad. Hacía amistad con jóvenes blancas que tuviesen el cabello rubio, y con preferencia pertenecientes a las clases más humildes de la sociedad. Después las tomaba a su servicio, y cuando cometían la más leve falta las conducía a una posesión que tenía en los alrededores de El Cairo, que era una especie de *Jardín de los suplicios*, como el de Octavio Mirbeau.

Hacía que un negro atase a la joven a una columna, a lo que la muchacha se resistía como es natural, profiriendo gritos de auxilio y de indulgencia. Esto excitaba a la aristócrata, pero aún era preciso llevar más adelante su maldad. Uno de los negros que estaban a su servicio, después de que la joven había sido atada a la columna sin más ropas que las medias, los zapatos y una camisa muy transparente, rociaba todo el cuerpo de la esclava con resina, amenazándola con prenderla fuego. Así se desarrollaba la cruel escena, hasta que la viciosa, que la presenciaba desde una habitación oculta, obtenía el orgasmo sexual ayudándose de ciertas maniobras sádicas ejecutadas por una pequeña esclava negra. Del citado libro de Styk reproducimos uno de los grabados que lo ilustran. (Lámina VII.)

Todas estas perversiones criminales son relativamente benignas si las comparamos con algunos hechos célebres, como los casos de los «destripadores de mujeres» y los «asesinos por lujuria», que no se excitan sexualmente más que infiriendo graves heridas a las mujeres, o, por el contrario, que realizan estos hechos bajo el dominio de una poderosa excitación sexual.

La intención de producir la muerte está siempre bien distante de los impulsos conscientes de estos degenerados; la muerte sobreviene como un accidente inesperado, y en la ceguera homicida producida por la vista de la sangre es donde reside el origen de ese impulso destructor que el legista califica de ensañamiento.

Hace unos años ocurrió en Badajoz un hecho de esta naturaleza, que, a mi juicio, no fué examinado con el interés que tales sucesos inspiran a los psicosexólogos.

En una casa de la calle de Espronceda habitaban, en el piso bajo, un matrimonio compuesto por un portugués, un tal Painho, hombre de baja estatura, pero fuerte, ancho de espaldas,

de temperamento sanguíneo y poco aficionado al trabajo. Su esposa, una buena mujer, amante del marido y de sus hijos, era trabajadora y de una honradez intachable.

En el piso alto—la casa no tenía más que estos dos cuartos—residía otro matrimonio: él, un hombre muy trabajador, dedicado al negocio de exportación y compra de pieles, y ella, una hermosa mujer, limpia y trabajadora y tan honesta como su vecina, que estaba embarazada de siete meses.

Entre ambos matrimonios existían las naturales relaciones de vecindad, y nada hizo presumir que algún día fuese a ocurrir aquella tremenda tragedia que costó la vida a la embarazada y el presidio al portugués. El suceso, según las declaraciones del asesino, ocurrió de la siguiente manera: Una mañana, aprovechando la circunstancia de que su esposa había salido y que también estaba ausente el marido de la vecina del piso alto, el Painho, que desde hacía mucho tiempo deseaba carnalmente a la infortunada, subió a la habitación para requerirla una vez más. Ella no dió cuenta de este asedio a su marido, seguramente para evitar un drama entre los dos hombres.

Parece ser que la honrada mujer se opuso enérgicamente a los deseos del criminal. Entonces éste, no pudiendo conseguir de buen grado lo que se proponía, intentó obtenerlo por la fuerza, y como la mujer se defendiera, la asestó un golpe en la nuca que la hizo perder el conocimiento. Según sus declaraciones, antes de ejecutar el acto, a lo que se disponía, la infeliz mujer volvió en sí, y como intentase defenderse de nuevo, la agredió nuevamente, dándola varios golpes y cuchilladas que debieron producirle la muerte casi instantánea. Entonces, con toda tranquilidad, profanó el cadáver, circunstancia que se comprobó por los médicos forenses e incluso por las declaraciones del criminal.

Pero no fué esto sólo: el cadáver, que tuve ocasión de ver, estaba colgado por los brazos al techo de la habitación y amarrado por los pies con fuertes cuerdas a las paredes. La primera impresión que me produjo el macabro espectáculo fué el de una res descuartizada, tales eran los destrozos que el feroz asesino había producido en el cadáver valiéndose de un gran cuchillo y otros instrumentos. El feto de siete meses que la infortunada llevaba en su seno aparecía fuera de la envoltura placentaria, junto con todo el paquete intestinal y en un informe amasijo de carne desgarrada.

El asesino dió una explicación de aquellos hechos innecesarios, diciendo que había intentado descuartizar el cadáver para arrojar sus restos al río Guadiana, con el fin de ocultar su crimen, con lo que me parece que quedaron satisfechas las autoridades judiciales. Así, pues, desde el punto de vista exclusivamente jurídico, el delito no se agravaba por aquella circunstancia, que según las ficciones de los Códigos, no tenía más finalidad que ocultar el cuerpo del delito. Ahora bien, a pesar de la conformidad judicial, yo adquirí la certidumbre de que desde el principio hasta el fin la justificación de aquel crimen fué completamente un motivo sexual: un caso de sadismo, de vampirismo, de suprema aberración del poderoso impulso.

Nada más ver el cadáver de la infortunada, se advertía claramente que entre aquellos cortes que vamos a considerar como necesarios a los fines de la ocultación de los restos, como por ejemplo, los asestados en la región abdominal, se apreciaban múltiples heridas más completamente innecesarias. Mientras el criminal no había tocado siquiera las articulaciones de las extremidades—y eso que le sobró tiempo, puesto que transcurrieron más de seis horas desde que cometió el hecho hasta que se descubrió—, un pecho aparecía cercenado, otro con varios cortes, y la región genital completamente destrozada. Estos destrozos, causados después de la muerte, son típicos en los crímenes de los grandes sádicos, cuyo primer movimiento se dirige hacia los caracteres sexuales de primer orden, aun cuando después no profanen sexualmente el cadáver. No tuve ocasión de examinar el cadáver con más detenimiento, pero estoy absolutamente seguro de que la declaración del criminal en el sentido de que aquellas mutilaciones las produjo para despedazarlo y borrar las huellas del crimen, no expresaba toda la verdad de su conducta monstruosamente sádica, aunque queramos admitir que el acto lo realizó de una manera inconsciente, o, por mejor decir, completamente instintiva. Aquel crimen presentaba escasas diferencias con los cometidos por Jack *el Destripador*, ateniéndonos al aspecto de la víctima.

Ahora bien, estos delitos tienen un aspecto social de cuyo factor no podemos prescindir. «El *asesinato por lubricidad*—dice Bloch—suele ser un asesinato relacionado con un acto sexual o consecuencia de él, y ejecutado con violencia, por miedo al descubrimiento, etc., que nada tiene que ver con dicho acto, o apa-

rece como un crimen lúbrico cuando sin intención del causante sobreviene la muerte a consecuencia de lesiones de carácter sádico."

La primera parte de la premisa es el cúmulo de circunstancias del crimen cometido por el portugués. Sin duda alguna, el miedo al descubrimiento, el temor al marido de la víctima y otras circunstancias análogas, indujeron al violador a producir la muerte. Hasta aquí no vemos el elemento sádico, pero se revela claramente y sin lugar a dudas en la calidad y cantidad de las heridas posteriores a la satisfacción de su primer impulso, que pudo ser normal, pero que dió lugar al nacimiento de la impulsión sádica, a merced de la cual es posible que lograse una nueva satisfacción erótica. Así, pues, el acto de matar, acaso consciente y deliberado, se aparta por completo del hecho central que motivó el crimen, y al que podemos calificar como hecho accesorio, pero necesario fuera de la esfera erótica.

Jack el Destripador, Altón, Bickel, Verzeni, Peter Kuerten, o sea el *vampiro de Dusseldorff*, y otros, obraron por motivos muy distintos, ya que los móviles eran completamente sexuales o subrogados del acto carnal. Todos ellos pagaron con la vida tan tremendos delitos, aunque fuesen más locos que perversos, sin olvidar que la perversión es en muchos casos una forma de la locura. En Suecia, un individuo llamado Nordlund, que tenía perturbadas sus facultades mentales, cometió numerosos asesinatos, siendo condenado a muerte. Entonces se dió ese extraño fenómeno del contagio, que motivó una «epidemia de asesinatos» de índole sexual, pues casi en todos ellos hubo violación de las infelices víctimas, en su mayoría muchachas jóvenes.

En la ciudad china de Kharbin desaparecieron en un mes once jóvenes de doce a diecinueve años, una de ellas hija del dueño de un café de nacionalidad rusa. La Policía trabajó infatigablemente durante muchos días sin obtener el menor resultado en sus gestiones, hasta que la desaparición de la joven rusa dió la pista del autor de aquellos secuestros. Se trataba de un chino tuberculoso, el cual, después de abusar de las criaturas, las mataba con el fin de asegurar la impunidad de los delitos que cometió.

Una amiga de la rusa vió un día al chino que hablaba con ella, después de haberla regalado un juguete. La niña le refirió a su amiga que al día siguiente la había invitado a ir a su casa



PERVERSIDAD ALCOLÁGNICA

Grabado de un libro de Styck, de refinada inspiración sádica, referente a una aristócrata egipcia que se complacía en infligir toda clase de torturas morales a las jóvenes.

LAMINA VII



LA ESCATOFAGÍA

En muchos países se atribuyen a los excrementos humanos raras virtudes religiosas, medicinales o mágicas, como en la India, por ejemplo, donde los hombres fatigados de su trabajo buscan nuevas fuerzas en el orín de las mujeres.

LAMINA VIII

para enseñarle unas curiosidades, con el encargo de que no se lo dijese a sus padres, pues no la dejarían ir sola al domicilio del chino, en la ciudad indígena. A partir de aquella fecha no se volvieron a tener noticias de la hija del industrial, pero la muchacha refirió lo que su amiga la había dicho.

Después de muchos suplicios, el chino confesó sus crímenes. Había abusado de las niñas porque un curandero le aseguró que sólo podría recobrar la salud cohabitando con muchachas jóvenes. Los cadáveres los arrojaba a un pozo que había en el patio de la casa. Se comprobó que a todas once las había matado por estrangulación. Este individuo tenía fama de honrado y serio en los negocios a que se dedicaba, consistentes en la exportación de sedas manufacturadas. A excepción de la rusa, todas sus víctimas fueron jóvenes chinas de humilde clase social.

Otro caso en el que las víctimas fueron también once, ocurrió en una ciudad alemana de la región del Rhin. «Copiando al asesino de Whitechapel—decían los periódicos por Jack el Destripador—, hay un siniestro criminal que hace semanas tiene intranquilos a los habitantes del arrabal de Mundenheim. Desde que comienza a anochecer no se atreven las mujeres a salir de casa, porque nada menos que once muchachas han sido apuñaladas de más o menos gravedad en el vientre. Esta noche ha conseguido la Policía poder capturar al criminal, que es un hombre de veintiocho años de edad, llamado Wilhelm Damian, de profesión vaquero. Hace años estuvo preso por suponérsele autor del asesinato, por motivos lúbricos, de una sirviente; pero por falta de pruebas suficientes tuvo que ser puesto en libertad. Ahora parecen toman cuerpo las sospechas de que Damian, además de estos crímenes, tiene sobre la conciencia la violación y el asesinato de una niña de siete años, ocurrido hace dos años, porque todo hace suponer que se trataba de un matarife, circunstancia que concurre en él.»

También la Prensa alemana, por la misma época, dió la siguiente noticia: «Kiel.—Todavía no se ha logrado capturar al individuo que desde ya hace ocho días hace teatro de sus crímenes en diferentes arrabales de esta ciudad. Si al principio se limitaba exclusivamente a la parte Norte y allí había herido a varias mujeres y niñas, ahora, en estos últimos días, ha hecho su aparición, no sólo en el centro de la ciudad, sino en su parte Sur, donde anteanoche apareció herida una niña con dos cortes

en el cuello y una puñalada en un costado. Poco después fué atacado un hombre, según parece, por el mismo criminal, pero tuvo la suerte de que no le hirieran. Y esto ocurrió en una de las calles más céntricas y concurridas de la ciudad, lo que hace inexplicable la fuga del agresor.»

En Madrid ocurrió hace unos años un caso célebre, la desaparición de tres niñas en la calle de Hilarión Eslava, lo que dió lugar a toda clase de suposiciones, entre ellas la de que ciertos elementos catequistas estaban en el secreto del suceso. El misterio no se aclaró jamás, y seguramente pasará el tiempo sin que nada se sepa. Pero nada tiene de extraño que aquellas infelices criaturas fueran víctimas de la lubricidad de algún sádico que tomó toda clase de precauciones para asegurar la impunidad de su crimen.

Estos casos de sadismo perverso que entran de lleno en el área de la ley, adoptan a veces modalidades extrañas, siendo casi siempre niños e incluso animales los objetos elegidos por las viciosas. En París hubo una prostituta que logró hacer una fortuna bastante regular, lo que la dió lugar para retirarse de la profesión. Si renunció a las ganancias de su oficio, no hizo lo mismo en cuanto a su sexualidad enfermiza. Frecuentaba mucho las casas de mala nota de las inmediaciones de la plaza de Clichy, donde se congrega lo más humilde de la prostitución parisién, y su presencia era siempre acogida con gran satisfacción por parte de sus antiguas compañeras, ya que pagaba bien y molestaba muy poco, aunque gustaba de humillar a las desdichadas, que nunca alcanzarían su envidiable posición.

El método de satisfacción que empleaba esta mujer era bastante original: hacía que atasen un perro en forma que no pudiera defenderse, y provista de un látigo flagelaba cruelmente al animal, mientras una de las pupilas ejecutaba en ella caricias sádicas. Era preciso que el perro aullase de dolor para sentirse excitada; mientras tanto, la prostituta había de seguir acariciándola sin interrupción, so pena de ganarse algún latigazo. Cuando dejaba de golpear al pobre animal, acababa la sesión, para reanudarla unos minutos después. Esto se repetía tres o cuatro veces en dos visitas semanales.

El doctor Watson refiere el caso de una madame L..., viuda, o que por lo menos se hacía pasar por tal, muy devota, costurera de profesión, que tenía su clientela entre las damas del faubourg Saint-Germain. Sus costumbres eran muy rígidas, y siem-

... se mostraba severa con sus empleadas, una docena de jóve... que había reclutado entre las acogidas en los orfelinatos, ...turas tímidas que ella tenía poco menos que aterrorizadas por ...palabra, las amenazas y las múltiples vejaciones de que las ...ía objeto.

Entre estas muchachas se encontraba una joven de diecisiete ..., que la habían enviado de un convento a causa de su deli... ...a salud y su pobreza de espíritu. Ni estaba loca, ni era com...amente idiota; se llamaba María X..., era muy dulce de ca...ter, pero incapaz de ejecutar un trabajo algo complicado; la ...estra la había colocado en su casa por caridad exclusivamente.

No obstante, esta infortunada era muy útil, pues aceptaba los ...abajos de costura más ingratos, y, además, realizaba todos los ...rvicios fáciles y humildes que la encargaba la costurera, aho...rándola el salario de una criada.

La muchacha, sin ser bella, era de piel muy blanca, cabe...los abundantes, ojos azules y rostro lleno de sufrimiento. Sus grandes ojos inocentes, su expresión lánguida de dolor y sus modales impresionaron singularmente a la patrona, la cual, esto no obstante, la hacía objeto de bromas pesadas, aludiendo siempre a su pobreza de espíritu y a su debilidad, insultándola con frecuencia, «porque el sufrimiento de la infeliz la producía una emoción verdaderamente voluptuosa».

Poco á poco el deseo de la viuda de torturar a la muchacha se tornó imperioso. No obstante, procuraba mostrarse con ella en público lo mismo que lo hacía con las otras, y delante de sus compañeras no la humilló jamás, si bien en cuanto salían del taller las cosas cambiaban bastante.

Una mujer que iba a hacer los servicios más rudos de la casa se retiraba a las dos de la tarde, y entonces es cuando comenzaba el suplicio de la pobre huérfana. Esta era muy moral y crédula, hasta el punto de creer ciegamente en los aparecidos, circunstancia que aprovechaba la costurera para imaginar miles de astucias que sumían a la muchacha en zozobras y temores imaginables. La había persuadido de que durante la noche ocurrían cosas muy extrañas; ella, la maestra, era transportada al infierno, mientras su cuerpo quedaba en el lecho, como si estuviese muerta, ya que era el alma lo que volaba a las regiones de Satanás, y su espíritu estaba encargado de atormentar a la muchacha.

En efecto, cuando la huérfana se hallaba durmiendo en la habitación, donde la encerraba su patrona, ésta se presentaba envuelta en una sábana, los cabellos sueltos por las espaldas, el rostro con una expresión siniestra, con un látigo en una mano y en la otra una pequeña lámpara. Esto se repetía con mucha frecuencia.

La inocente era despertada por medio de mordiscos, golpes, pinchazos, lanzada fuera del lecho, etc., y a continuación su camisa de dormir era desgarrada por el fantasma, que, dejándola completamente desnuda, la golpeaba sin piedad, mientras la amenazaba con matarla si denunciaba lo que sucedía. A la mañana siguiente, aterrorizada por tales amenazas del «fantasma», y convencida de que nadie acudiría en su ayuda, silenciaba la tragedia, y si su patrona la preguntaba por la causa de los arañazos y golpes que la señalaban algunas partes del cuerpo, respondía que es que se caía de la cama.

El martirio de esta criatura duró dos años, siendo descubierto porque en su cruel delirio madame L... rompió los brazos a la infortunada. Un médico examinó las múltiples lesiones que presentaba el cuerpo, y así fué posible meter en Saint-Lázare a la cruel costurera, la cual, hábilmente interrogada, acabó por reconocer que experimentaba sensaciones eróticas muy intensas torturando a la joven, pues durante todo el tiempo que duraban los martirios a que sometía a su protegida, sus partes sexuales estaban, por así decirlo, en un orgasmo ininterrumpido.

Existen otras mujeres cuyo sadismo, de una maldad refinada, revela la perversión en sus grados extremos, aunque jamás ejecuten con sus víctimas la menor tortura física. Esta variedad algolágnica tiene su base en la coquetería normal del galanteo, desde donde se va a los límites más extraños. Es el verdadero sadismo espiritual específicamente erótico, es la tortura psíquica más criminal, aunque incruenta, a que una mujer puede someter a un hombre.

Conozco el caso de una joven de veintidós años extraordinariamente bella que se dedicaba al teatro, bastante neurótica, muy culta y más viciosa. Por miedo al embarazo tuvo muy pocas relaciones normales, y aunque en realidad no era homosexual, tenía a su servicio una muchacha de clase humilde por la que se hacía safizar. Tuvo tres amantes, uno de ellos inmensamente rico, con el que estuvo a punto de contraer matrimonio, pero ninguno de

...s pudo decir que había conseguido de la muchacha lo que hu...eran deseado.

Si alguno de sus galanteadores la gustaba, no tenía inconveniente en concederle una cita, dándole la constante impresión de una criatura extremadamente sensual, pues desde los primeros momentos, sus miradas, sus palabras y todos sus ademanes ...dían interpretarse como verdaderos anticipos de la más excesiva voluptuosidad que a los amantes esperaba entre sus brazos.

Llegada la hora de la entrevista, los recibía de la manera más ...ntral posible y con las toaletas más atrevidas, excitándoles por ...edio de toda suerte de caricias. Este juego de excitación lo prolongaba durante mucho tiempo, pero sin permitirles jamás llegar a los extremos naturales. Se defendía con una habilidad inaudita, y cuando veía a sus amantes completamente excitados en virtud de sus palabras y promesas, se tornaba indiferente y fría, recurriendo a toda clase de súplicas para retardar más el momento supremo.

Este juego lo sostenía durante horas enteras, hasta el punto de que en varias ocasiones los hombres se convertían en autómatas y despreciables juguetes de sus caprichos. Ella misma reía con cruel complacencia que aquellos hombres, convertidos en verdaderos alienados, ebrios de lubricidad, constituían para sus sentidos el espectáculo más soberbio que podía presenciarse, especialmente cuando los veía presa de violentas crisis nerviosas y amenazándola con el asesinato o el suicidio.

En estas escenas ella experimentaba el orgasmo repetidas veces, pero para excitarse de nuevo tenía necesidad de excitar a sus fracasados amantes, ya que tal espectáculo constituía el medio más completo de su satisfacción erótica. Un día presentó una denuncia por violación contra el dependiente de un comercio de sedas, que fué a llevarla varias prendas por su propio encargo. El muchacho, joven de veintitantos años, fuerte, atlético y deportista, se limitó a cumplir su cometido, llevándole las prendas que había adquirido, pero la extraña viciosa empezó con él el juego acostumbrado, a lo que, como es de suponer, no se opuso el dependiente. Por último, dispuesto a cobrarse el tiempo que le había hecho perder en inútiles súplicas, y harto de aquel juego perverso, valiéndose de su fuerza hercúlea joven, la sometió a las violencias naturales del impulso que ella misma había excitado.

El comisario de Policía admitió la denuncia, y el joven fué detenido; pero, a los pocos momentos, se presentó en la oficina policíaca un prestigioso abogado, el cual aseguró, bajo palabra de honor, que la culpabilidad había sido de la denunciante, puesto que estaba firmemente convencido de que la provocación partió de ella. La joven, que esperaba en una habitación inmediata el final de las primeras diligencias, cuando se enteró de que el abogado intervenía en el asunto, suplicó al comisario que se anulase todo lo actuado, puesto que retiraba la denuncia (1).

Al llegar a la edad crítica, la mujer, que durante su vida sexual ha logrado toda clase de satisfacicones eróticas, está expuesta a ser víctima de estos impulsos perversos y criminales que, a veces, adquieren aspectos de la más grave inmoralidad. Lo mismo que el hombre gastado por los placeres, e impotente para proseguir en su práctica normal busca toda clase de excitaciones sin reparar en los medios, así la menopáusica se entrega a las licencias más extrañas, con el fin de gozar los deleites que la naturaleza le niega.

Se cree, infundadamente, que la supresión de las reglas periódicas trae consigo la anulación de la capacidad erótica. Esto no ocurre más que en casos excepcionales, aunque no cabe duda que la predisposición sensual de la mujer queda notablemente atenuada al poco tiempo de quedar suprimida la actividad procreadora.

La mujer que más expuesta se halla a sufrir estos trastornos es la *solterona*, la que, por motivos morales o por causas independientes de su voluntad, no quiso o no pudo experimentar los deleites naturales del amor.

Como ya hemos visto en otro volumen, la menopáusica célibe sustituye la función normal del sexo por las expresiones anormales de la mentalidad: esto es lo que sucede casi siempre, dicho sin eufemismos de ningún género. La que no dedica todos sus afectos al perro, al gato o al loro, se los entrega al santo de su devoción—si su temperamento es homosexual se dirige a una santa—, o finge sentimientos caritativos—que no son sinceros, porque jamás tuvo caridad de sí misma—, lo que equivale a la satisfacción de

(1) En el volumen LVIII, titulado *Los delitos sexuales*, se refieren varios casos interesantísimos de esta naturaleza, en los que los autores del delito de violación no son tales delincuentes, sino que obraron en «legítima defensa» de su sexualidad perversamente excitada. (Nota del editor).

su vanidad en cuyos goces encuentra un sucedáneo de la expresión sexual que le está vedada.

Estas formas de satisfacción no son antisociales ni perversas. No obstante, la perversidad aparece cuando se trata de juzgar la conducta de las mujeres que, a su juicio, no llevan una vida muy moral. Pero en estos casos, no es la moral el móvil que influye en el juicio, sino, generalmente, la convicción de su impotencia, la envidia, dicho más claro, que le inspira aquella joven que ha conocido el amor en todas sus variedades. Una muchacha sirvienta fué recogida en una institución de caridad de esta ralea. La acogida iba embarazada de cuatro meses, pero ocultó el hecho cuanto pudo. Tres meses más tarde se comprobó su "grave falta", por lo que fué expulsada sin compasión. Esta medida se tomó con el fin de "evitar que las demás asiladas fuesen víctimas de tan mal ejemplo".

No puede decirse que, en este caso, sea un ejemplo de sadismo erótico, pues no es de creer que el castigo impuesto a la infortunada joven determinase un placer sexual específico en las crueles beatas que mangoneaban en la institución; pero no cabe duda que aquella determinación inhumana tampoco debió producir pesar en ninguna de las estantiguas menopáusicas que tan desastrosamente practicaban la caridad cristiana.

No obstante, en un orfelinato regentado por damas católicas ocurrieron varios escandalosos sucesos que dieron lugar a la intervención de las autoridades. Una de las damas tenía la costumbre de ir dos veces al mes a visitar a las asiladas, haciéndoles siempre algunos donativos en metálico, juguetes, libros, golosinas, etcétera. Procuraba enterarse de quiénes eran las más revoltosas, y, con el pretexto de corregirlas personalmente, las conducía a una finca que tenía en el campo a veinte kilómetros de la ciudad donde estaba el orfelinato. La señora en cuestión pasaba algunas temporadas en la finca, donde llegó a reunir ocho niñas y cinco muchachos, el mayor de los cuales contaba catorce años de edad.

La "educación" que recibían las criaturas en casa de la piadosa señora no podía ser menos edificante. Todos los sábados organizaba fiestas teatrales, en las que tomaban parte los acogidos, referentes a la época de Roma. Los espectadores eran la propietaria de la finca y otras tres mujeres de sus amistades, amén de un criado de confianza, que tenía a su cargo la redacción de los argumentos de aquellas escenas completamente orgiásticas, en las que niños y

niñas se entregaban a las mayores aberraciones sexuales delante de su protectora y acompañantes que dirigían la actuación de los pequeños actores. Como final de fiesta, las damas actuaban completamente desnudas, obligando a los niños a practicar con ellas toda clase de caricias perversas. Una de las muchachas logró evadirse y denunciar el caso a las autoridades, que pusieron fin a los desmanes de tan "caritativas" y viciosas damas.

Todas cuatro eran solteras, y dos habían profesado la religión en un convento durante catorce años. Se comprobó que una de las ex religiosas tuvo un aborto, seguramente provocado, que dió lugar a una intervención quirúrgica que la costó los dos ovarios, a pesar de lo cual su impulso sexual se conservaba tan fragante como en los mejores tiempos de su juventud, aunque con tendencias homosexuales.

Se conocen varios casos de mujeres que sólo consiguieron excitar sus impulsos sexuales decadentes presenciando escenas de copulación entre niños. En una ciudad francesa del Norte fué detenida una señora de nacionalidad inglesa que vivía con una niña de once años y un niño de trece, haciéndolos pasar por sobrinos suyos. Como cambiase con alguna frecuencia de "sobrinos", las autoridades sospecharon algo anormal, y, decididas a descubrir lo que hubiese de cierto en aquel parentesco, se comprobó que, desde hacía algún tiempo venía dedicada a la educación de estas parejas, que después exportaba a un prostíbulo que tenía en una ciudad sudamericana. Se entregaba con los niños a toda clase de perversiones para calmar sus ardores, única forma de mantener su prestigio de dama honesta y moral entre las personas respetables que constituían el círculo de sus amistades.

En resumen, la perversidad criminal de la mujer es mucho más refinada que la del hombre, aunque menos violenta, pues rara vez se llega a esos extremos de los destripadores, hechos mucho más espectaculares y que vulneran con mayor fuerza los sentimientos morales de la sociedad. Esta notable diferencia de los caracteres de la criminalidad del hombre y la mujer, con relación a la sexualidad, se explica, fundamentalmente, por las naturales diferencias temperamentales de los dos sexos, cuyos impulsos ya hemos analizado debidamente.

LA ESCATOFAGIA

Diferencia entre el simbolismo y la escatofagia erótica.—El sadismo escatológico.—Aspectos del simbolismo.—Masoquismo ideal.—El entusiasmo erótico.—Actitud del escatófago. Razones psicológicas de esta perversión.—Su frecuencia con las prostitutas.—El fetichismo de las nalgas.—Su relación con la escatofagia.—Varios casos clínicos.—La escatología religiosa.—Supersticiones.—Virtudes de la orina.

En el volumen anterior nos hemos referido a esta forma de la perversión, o sea el fetichismo escatológico, cuyas bases se han estudiado debidamente.

En esta perversión, es necesario distinguir dos aspectos: el fetichismo verdadero, que ya hemos analizado, y el que se refiere a la impulsión algolágnica sado-masoquista. En el primer caso, no cabe duda que las excrecencias humanas se consideran por estos pervertidos como una parte del cuerpo amado o deseado sexualmente, y, por tanto, constituyen un símbolo de gran valor erótico, especialmente, por la relación que guardan los orificios excretorios con los genitales.

En cuanto al sado-masoquismo, también existen dos modalidades. En la primera, o sea el sadismo, el individuo goza orinándose o defecándose sobre su amante por la humillación que le inflige, por el dolor moral que ello representa, y en la segunda parte, es decir, el masoquismo, el placer se experimenta al sentirse humillado por esa persona, lo que, como vemos, se convierte a la vez en una modalidad fetichista. Tales son, sintéticamente expuestas, las expresiones comunes de la escatología.

Huelga decir que el sadismo escatológico, como todos los actos algolágnicos activos, son impulsos perversos, que parten casi siempre del hombre. No obstante, la escatología activa es muy rara en el hombre, y casi, puede decirse, que desconocida en la mujer. La gran diferencia existente entre la naturaleza sexual de ambos y la violencia racial del impulso masculino y la pasividad femenina, jus-

tifican el contraste. El hombre no puede prescindir del hecho de que sus excrecencias causan una repugnancia, que empieza por ser experimentada por él mismo. No le es posible, pues, ni ética ni estéticamente, gozar con un objeto que, lógicamente, le inspira una repugnancia invencible. Ahora bien, si la finalidad del sádico no consiste en la realización del acto sexual, ni implica tampoco ningún contacto con el cuerpo profanado, sino que la única aspiración es hacer sufrir a la mujer, se comprende que el hecho pueda producirle el mismo placer que experimenta el flagelante que azota a su compañero de vicio.

Este sentimiento resulta infinitamente más acentuado en la mujer, en virtud de su mayor sensibilidad, y también a causa de que la mayor parte de su pudor se apoya en el temor instintivo de causar asco. Por esto, podemos decir que el pudor del hombre es ético, y el de la mujer, estético. Ella tiene sus armas en su belleza, en la estética, en general, por la que se ve obligada a velar incluso en los detailes más insignificantes.

Conozco algunos casos de masoquismo escatológico ocurridos en prostíbulos, así como las opiniones de las prostitutas. Una mujer, profunda o violentamente enamorada de un artista de circo, en justa correspondencia de la pasión que ella despertó en dicho individuo, notó que toda su pasión desapareció en absoluto cuando él la propuso un acto escatológico. "Sólo pensar—dice—que esto pudiera haberlo hecho con otras mujeres, me inspiró tal repugnancia, que aquel hombre me fué insoportable, y jamás volví a tener el menor trato con él."

El masoquismo del hombre, ya es distinto; puesto que, siendo su impulso dominante, la fuerza que le hace someterse a su amada y hacerse humillar por ella, nada tiene de extraño que esta forma extremada de la humillación, le produzca el máximo deleite, tanto si ella realiza esos actos, como si sólo son imaginarios para el pervertido.

Ocurre, en muchos casos, que este simbolismo ofrece dos aspectos: el individuo desea el acto escatológico, porque simboliza una esclavitud completamente abyecta con relación a la mujer que ama, y, por otra parte, es deseable, porque en él se encuentra un símbolo de la detumescencia, ya que la materia fecal, y muy especialmente la orina, proceden del foco central de la sexualidad.

Un autor cita varios casos de masoquismo, en los cuales la emisión de la orina sobre el cuerpo o en la boca constituía el punto culminante del orgasmo sexual. Krafft-Ebing refiere que un oficial ruso, siendo niño, soñaba con que lo atasen a las caderas de una mujer, le obligasen a dormir junto a sus nalgas y a beber su orina, y en su vida ulterior experimentaba la mayor excitación al practicar la última parte de estas fantasías. Cita otro caso, calificado por él de "masoquismo ideal", en el que el sujeto "disfrutaba desde la infancia soñando despierto en que era esclavo de una hermosa dama que le obligaba a obedecer a todos sus caprichos, que le ponía en pie sobre el lecho, que se sentaba sobre su rostro y su cuerpo, que hacía que la sirviese en el baño o cuando orinaba, y que, a veces, insistía en hacerlo en su cara; aunque era un hombre muy intelectual, fué siempre demasiado tímido para llevar a la práctica sus ideas; hasta la edad de veinte años había padecido de enúresis nocturna".

Estos actos que se realizan siempre en momentos de entusiasmo erótico, coinciden, por lo general, con la primera posesión precediéndola. El impulso de beber la orina o comer la materia fecal, se manifiesta siempre en los momentos que preceden al coito, pero jamás después de realizado éste. Por otra parte, está suficientemente demostrado que estas variaciones, completamente anómalas, no las inspira nunca una mujer honesta, sino que siempre están íntimamente ligadas con el libertinaje recíproco, es decir, que el hombre no prescinde de su creencia de que con una prostituta "puede hacerse todo", primero, porque no tiene razón para oponer resistencia a un acto que en nada la perjudica ni ofende directamente, y, segundo, porque el vicioso está persuadido de que el acto no lo ejecutará más con la misma mujer, que, después de poseída una vez, pierde los mayores elementos de excitación.

Cuanto más fácil es la conquista de esa mujer, más propicio se muestra el escatófago a practicar su perversión. Las circunstancias o razones psicológicas que concurren en un hecho tan extraño se explican sencillamente. El vicioso, que inicia la conquista de la mujer con quien piensa realizar su repugnante acto, cree que ella conoce sus aficiones o que se las adivina. Persuadido de que esta convicción tiene que producirle a ella cierta repugnancia, tan pronto como la observa dispuesta a llegar con él a una intimidad que podemos llamar normal, puesto que realmente puede no tener conocimiento de las aficiones del vicioso, y no adivinarlas tampoco, siente una especie de gratitud, que contribuye a aumentar el entusiasmo erótico que le ha inspirado. Si el escatófago es del tipo

urolágnico, es decir, aficionado a beber la orina, en seguida encontrará un motivo para decirla que la ama tanto, y que su deseo y su respeto hacia ella es tan fuerte, que no tendría inconveniente alguno en someterse a los sacrificios más repugnantes.

Esta mujer profesional, por su parte, no se considera capaz, tanto por su vida física como por su conducta moral, de inspirar a nadie esas pasiones extremadas. Su vanidad se siente halagada por el homenaje que verbalmente expresa su amigo, y todo su afán se dirige a comprobar lo que pueda haber de cierto en tan entusiástica admiración. En este momento inicial, prescinde en absoluto de todo convencionalismo y de todo sentimiento repulsivo; por otra parte, aquel hombre no la inspira el menor interés sentimental: es un amor unilateral, que en nada puede modificar el rumbo de su vida, pero que se muestra propicio a las más extremadas abnegaciones. Y entonces, "para ver si es cierto", evacúa la necesidad que su amante ocasional exige de ella. Ella comprueba que, en efecto, el entusiasmo es sincero: la prueba no ofrece dudas. Y, por gratitud también, que hasta puede ser sentimental, se presta a las caricias y caprichos de aquel hombre, que, al quedar completamente satisfecho, se despide de ella "hasta mañana", hasta un mañana que no llega nunca, porque, inmediatamente, al volver a su impulso, a su retiro intelectual, comprende que esa misma reacción que experimenta su mentalidad en calma, le presenta a sí mismo como un ser repugnante y depravado, de cuya certidumbre cree que necesariamente tiene que participar la mujer que acaba de dejar más asqueada que satisfecha.

Donde con más frecuencia se encuentra la perversión coprolágnica, esto es, la ingestión de materias fecales, es en los fetichistas de las nalgas, que no encuentran mayores encantos eróticos en el cuerpo de una mujer que la región glútea, región que, por otra parte, ha sido considerada siempre como una de las más bellas características sexuales. Ellis afirma que no tiene nada de extraño que, sobre esta base de atracción, completamente normal, se hayan desarrollado varias formas de simbolismo erótico. Otros autores estiman que el encanto sexual de las nalgas se extiende progresivamente a la región anal, al acto de la defecación y, por último, a los productos que son eliminados por esas regiones susceptibles de provocar los mayores entusiasmos eróticos.

Todos los tratadistas refieren casos curiosísimos de la evolución de esta tendencia que, por lo general, se inicia en la edad infantil. Un niño, que tenía seis años, hallándose en el colegio al lado de una niña, la tocó las nalgas accidentalmente, y experimentó con ello un placer tan grande, que lo repitió con frecuencia. Cuando tenía diez años de edad, una niñera, queriendo satisfacer sus propios deseos, colocó en su vagina un dedo del niño, lo que le produjo tanto placer que, desde entonces, manifestó tendencias a beber el orín de las mujeres que le agradaban.

Transcribimos de Moll un caso de desarrollo de admiración juvenil por las nalgas en sentido coprolágnico. "Un joven comerciante, en buena posición, buscaba el contacto con mujeres defecando, y, a este efecto, trataba de ocultarse en los retretes; el olor fecal le era agradable, pero no imprescindible, para el goce, y la vista de las nalgas también le excitaba, no siendo tampoco esencial para el goce; el acto de la defecación era lo único esencial, al parecer. Jamás trató de ver prostitutas en esa posición; sólo le atraían las mujeres jóvenes, bonitas e inocentes. La coprolagnia obedecía, en este caso, a una impresión infantil de admiración por las nalgas. Cuando, a los cinco o seis años de edad se introdujo debajo de las faldas de una criada y sintió en su rostro el contacto con las nalgas, experimentó una sensación que quedó en su memoria íntimamente asociada al placer. Tres o cuatro años después, solía disfrutar extraordinariamente cuando una muchacha joven, prima suya, se sentaba en su cara; así se fortaleció una idea que terminó, naturalmente, en la coprolagnia."

Un ruso, de cuarenta años de edad, mostró desde los catorce tendencias escatofágicas. Acostumbraba a reunir en su casa a tres o cuatro jóvenes, a las que hacía desnudar, para que bailasen ante él. Cuando las muchachas empezaban a fatigarse, las rogaba que descansasen en una habitación inmediata, donde habían de realizar sus necesidades fisiológicas. Este individuo experimentaba el orgasmo sexual completo tantas veces como tenía ocasión de ingerir los excrementos de las bailarinas. Algunas veces, le bastaba sólo con ver ejecutar estas funciones excretorias; nunca se permitió con las muchachas la menor libertad sexual. (Maschka.)

También el doctor Sujanoff describe un caso de simbolismo escatológico de completo desarrollo. Se trata de un joven de veintisiete años, de temperamento neuropático, el cual, habiendo acertado a presenciar una vez cómo orinaba una mujer, experimentó sensaciones voluptuosas. Desde aquel momento, buscó el contacto con mujeres que orinaban, llegando al colmo de la satisfacción cuando

podía colocarse de manera que la mujer, con toda inocencia, le orinase en la boca. Todas sus aventuras amorosas se relacionaban con la busca de oportunidades en que proporcionarse tan difícil satisfacción. Los retretes donde ocultarse, los días de invierno y los días oscuros, era lo que creía más favorable para el logro de sus intentos. (Citado por Ellis.)

El mismo autor dice: "El caso de coprolagnia que me ha sido comunicado es el de un hombre casado, normal en todos los demás respectos, brillante, desde el punto de vista intelectual, y que desempeña con éxito un elevado cargo. De niño, las mujeres de su casa hacían caso omiso de su presencia en las alcobas, y satisfacían sin reserva, delante de él, todas las necesidades naturales. Esto le producía luego sueños, acompañados de erecciones. Poco a poco, su interés sexual se concentró en el acto de la defecación, y este espectáculo nunca le producía mayor efecto que cuando iba unido al tipo de mueble que para esos fines se usaba en su propia casa. El acto de la defecación en el sexo opuesto, o cualquier cosa referente al mismo o sugiriendo este acto, le producía una excitación sexual imposible de dominar; también las nalgas ejercían gran atracción sobre él. Los excrementos ejercían esta influencia, aun no estando presente la mujer; sin embargo, era preciso que ésta fuese sexualmente deseable. En este caso, la perversión no era completa, es decir, que la excitación causada por el acto de la defecación o por el excremento mismo no se prefería, en realidad, al coito, la idea sexual en éste era normal, pero iba precedida del distrute visual u olfatorio del fetiche excitante. Cuando el coito no era posible, el disfrute del fetiche iba acompañado de masturbación. En una ocasión, le sorprendió un amigo en la alcoba de una mujer, mientras se masturbaba sobre un recipiente que contenía el deseado fetiche. En la agonía de su vergüenza, imploró la merced del silencio, revelando al mismo tiempo su secreto. De continuo, ha padecido el terror de ser sorprendido, los remordimientos y la conciencia de su degradación, así como el temor de que su indomable obsesion le pueda llevar a un manicomio.

Un caso de fetichismo y de escatofagia a la vez, es el de un individuo, propietario de un cabaret, en cuyos retretes destinados a las señoras había hecho colocar unos carteles, rogando que los papeles higiénicos usados se arrojasen a una especie de buzón, con el pretexto de impedir la posible obstrucción de la cañería. Por medio de un dispositivo óptico, una especie de periscopio, desde una

habitación medianera podía observar a las mujeres que penetraban en el W. C. Si le agradaba, tan pronto como terminaba sus necesidades y arrojaba el papel en el recipiente, el vicioso lo recogía, e inmediatamente ingería el trozo de papel manchado por el excremento.

En otras ocasiones, guardaba estos fetiches, inscribiendo en ellos el nombre o las señas de la mujer que lo empleó, así como la fecha y la hora en que tuvo lugar el acto. Por la noche, en su alcoba, se entretenía en olfatear los papeles, y aquéllos que más le impresionaban. se los comía. Experimentaba el orgasmo por medio de la masturbación, para lo que empleaba varios papeles, en los que, previamente, había practicado un orificio en el lugar correspondiente a la mancha fecal. Este individuo fué recluído en un manicomio. Su manía única consistía en comerse los excrementos de los otros locos.

Independientemente de la escatofagia erótica, existe la escatología ritual en algunas religiones, por lo que se advierte que los excrementos llegan a tener carácter sagrado.

En algunos países de Europa, especialmente en Italia, aún se considera la orina como un sustitutivo del agua bendita. Donde mejor puede observarse esta tendencia escatológica religiosa es en los pueblos salvajes de todo el mundo. A la vez, estos productos humanos tienen un significado social, como sucede entre los hotentotes. Mungo Park refiere que, hallándose en Africa, una novia le envió una vasija conteniendo orines, los cuales le fueron arrojados en prueba de especial distinción para con un huésped ilustre.

"En muchos pueblos primitivos de todo el mundo—dice Havelock Ellis—y en las clases bajas de los pueblos civilizados, los orines poseen mágicas propiedades, y, al parecer, sobre todo, los de mujer y los de aquellos que están o quieren estar en relaciones sexuales. En una leyenda de los indios del Noroeste de América, citada por Boas, una mujer le da a su amante orines suyos, y dice: "Puedes despertar a los muertos echándoles en el oído y en la nariz gotas de mis orines". Entre los mismos indios existe la leyenda de una mujer de bello cutis blanco, la cual notó que todas las mañanas, al bañarse en el río, los peces se sentían atraídos por su piel, y no se apartaban ni siquiera con palabras mágicas. Por último, se dijo: "Me orinaré en ellos, y me dejarán sola". Así lo hizo, y, desde entonces, los peces la dejaron. Pero, poco después, el fuego del cielo la mató a ella.

"La creencia en las misteriosas facultades del acto de orinar, parece haber sobrevivido en forma bromista, aun en la civilización moderna. Así, Stekel, de Viena, habla de una madre que le decía a su niño, en ocasión en que orinaba delante de él: "No mires, que te vas a quedar ciego". Entre cristianos y mahometanos, la esposa puede atraerse al esposo infiel mezclando, en secreto, sus orines con la bebida de él. Esta práctica es común en todo el mundo; según Martius, los aborígenes del Brasil y otras excreciones y secreciones son poderosos afrodisíacos.

"Incluso los excrementos de animales se han empleado como cosas sagradas algunas veces. Así ha ocurrido, tratándose de la vaca, el animal más venerado por todos los pueblos primitivos, sobre todo en la India. Jules Bois describe el espectáculo que ofrecen en el templo las vacas de Benarés: "Asomé la cabeza por la abertura de los santos establos. Era el mayor de los templos, un esplendor de piedras preciosas y de mármol, por donde los venerados rumiantes iban y venían. Todo un pueblo los adoraba. Ellos no se enteraban, sumidos en su divina y oscura inconsciencia. Y cumplen con serenidad sus funciones animales; rumian las ofrendas, beben agua en vasijas de cobre, y, una vez llenas, se alivian el peso. Entonces, una locura estercórea y religiosa se apodera de aquellas mujeres de impávidos rostros y de aquellos hombres venerables: caen de rodillas, se postran, comen los excrementos y beben, ansiosos, el líquido, que es para ellos milagroso y sagrado."

No son sólo los orines de vaca: también los humanos gozan en la India, especialmente entre los *tamiles*, de esas virtudes religiosas, mágicas y medicinales. El orín de las mujeres es injerido como estimulante por los hombres que tienen que ejecutar trabajos pesados, con la particularidad de que, tal excrecencia, ha de ser proporcionada por una mujer que se encuentre trabajando en el momento de sentir deseos de orinar. Al efecto, siempre tienen dispuestas unas vasijas especiales en las que evacúan estas necesidades (lámina VIII).

A propósito de las virtudes de la orina en este sentido, dice un autor que "los casos ocasionales en que se beben los orines, es posible que indiquen que la causa radica en las propiedades del flúido al actuar sobre el sistema". No cabe duda que la orina posee, en realidad, las propiedades de un estimulante general. Masterman dice que "el caldo difiere poco de la orina sana", ya que contiene exactamente los mismos elementos constituyentes, con la excepción de

que en el caldo hay menos urea y ácido úrico. Otro autor dice que la orina fresca, especialmente la de los niños y mujeres jóvenes, se emplea como medicina en casi todos los países del mundo para ciertas enfermedades, lomo la epistaxis, malaria e histeria, "con resultado provechoso, debido éste, a no dudarlo, a sus cualidades como estimulante y restaurador general". Puede añadirse también que el doctor Luisini ha demostrado suficientemente que la orina normal aumenta, invariablemente, los latidos del corazón, cuya frecuencia es mayor y más intensa. Todas estas razones pueden justificar la urolagnia erótica, aunque no existan demostraciones en tal sentido.

LOS INQUISIDORES

Casi todos los inquisidores fueron grandes sádicos.—Lo que dice uno de ellos.—La figura siniestra de Tomás de Torquemada.—Lo que opinan de España en Extremo Oriente.—La «propaganda» de los historiadores.—Una página de Cazal.—La pasión más violenta de Tomás de Torquemada.—Una virgen valerosa. Valdés y Cristóbal Gálvez.—Otro episodio sexual de la Inquisición.—Las poseídas del diablo.—Artefactos para violar.

La Inquisición sirvió a muchos religiosos degenerados de magnífico pretexto para dar rienda suelta a sus impulsos sádicos criminales con tantas infelices víctimas como fueron sometidas a los más atroces suplicios, entre las que, naturalmente, las mujeres aportaron la mayor cifra como tributo especial de su sexo.

No cabe duda que hubo algunos inquisidores de buena fe, es decir, que creían ciegamente que aquellos castigos que aplicaban tenían por objeto aplacar la iracundia de un dios que no deja de parecernos bastante contradictorio. Pero hubo muchos otros—casi todos—sádicos sanguinarios, que bajo la sucia sotana escondían unos instintos que a fuerza de querer ser divinos, no podían ser humanos.

Un monje, Francisco de Macedo, dice: "La Inquisición se fundó en el cielo. Dios ejerce la función de primer inquisidor, y, como tal, castigó con el fuego celeste a los ángeles rebeldes. El diluvio fué un castigo, y también castigó la divinidad a Caín y a Adán. Moisés fué mandatario de Dios cuando hizo descender el fuego destructor sobre los hebreos, cuando caían éstos en un abismo o morían violentamente. La función de inquisidor pasó después a San Pedro, que la ejerció con Anaria y Safira. Los Papas delegaron el poder inquisitorial en Santo Domingo y en los religiosos de su orden.» Por fortuna, los que creen en Dios sin fanatismo están seguros de que no pudo ser jamás ese mons-

truo iracundo y sanguinario que retratan los inquisidores, los cuales no podían justificar su propia maldad de otra forma que insistiendo sobre los hechos que cita el tal Francisco de Macedo.

Al fanatismo de aquellos grandes criminales había que agregar su salvaje incultura y su poder omnímodo. Muchas desdichadas beatas jóvenes, que en virtud de sus simples desarreglos menstruales—falta de noble función sexual—creían ver al diablo en sus sueños, tenían el deber de dejarse asar vivas en las hogueras inquisitoriales, única fórmula de purificación de sus cuerpos y almas. Si no fuese porque en una obra como la presente no encajan ciertos detalles religiosos, aun a trueque de ser calificados de sectarios, expondríamos imparcialmente muchos sucesos arrancados de las páginas de la Historia sangrienta de la Inquisición, para demostrar, al final, que no toda la actuación de aquella gente se inspiraba en los nobles y humanos principios que dictó Dios.

No obstante, todo aquel cúmulo de horrores que, aun a pesar de los siglos transcurridos, enciende de santa indignación a muy venerables religiosos, no podrá ser nunca olvidado. Los pueblos que soportaron la maldad de los inquisidores llevarán en las páginas de su historia este baldón infamante que difícilmente podrá borrar el tiempo.

La figura siniestra de aquel dominico que fué Gran Inquisidor, Tomás de Torquemada, se eleva sobre todos aquellos crímenes como un fantasma de infinita crueldad que ha merecido la atención de todos los humanistas. Hasta en el remoto Japón he oído hablar de las hazañas de aquel hombre, cuyo espíritu injustamente, aún se cree que sigue ejerciendo influencia en las manifestaciones sociales y religiosas de nuestra patria.

Esta influencia, por fortuna, desapareció hace más de un siglo, aunque nada tiene de extraño que la estela de tan grandes crímenes no haya podido desaparecer en el ánimo de los pueblos que menos nos conocen y que sólo nos vieron a través del prisma de los sucesos más impresionantes. Los historiadores de otros países se encargaron de difundir por el mundo entero, traducidos a todos los idiomas, los episodios de toda nuestra Historia, tan poco edificante con relación a las leyes humanas y al derecho de gentes. Mucho pudiera decirse en este sentido, pero nos limitaremos a reproducir lo que el doctor Malhermann transcribe en uno de sus libros, que también ha recorrido el mundo en triunfo:

«Edmundo Cazal, en su obra «Histoire de l'Inquisition en Espagne», cuenta que una de las pasiones más violentas de Torquemada era una joven, Conchita Saavedra.

Ordenó a la policía de la Inquisición que buscara a Conchita, la recluyó en el castillo mismo de Torquemada y trató de seducirla.

La habitación de Conchita era espaciosa y se había adornado convenientemente, aunque con severidad; había en ella una silla, un sillón y una mesa grande, con una jarra junto a ella, un vaso y algo de ropa.

Al día siguiente de ser detenida se presentó en la celda una matrona, que sometió a Conchita a interrogatorio. La joven contestó ingenuamente, y tuvo que prestarse a sufrir un examen físico tan concluyente, según la matrona, que pudo ésta decir a Torquemada:

—Conchita es virgen, como si acabara de nacer.

Al oír tan tentador dictamen de labios de la matrona, mujer por demás experta, el inquisidor cerró los ojos para no distraerse, para conservar viva la esperanza de voluptuosidad que deseaba.

Pasó una noche en la celda entregada a tristes reflexiones y a acordarse de su galán, y fué conducida a otro aposento grande, regiamente amueblado y dispuesto, con grandes ventanales, alfombras espléndidas y cuadros. Había en aquel aposento muchos muebles bajos: lecho, diván y cojines. También tenía Conchita al alcance de su mano las telas más delicadas que puede apetecer una mujer elegante, cuidadosa de que resaltaran sus gracias y bellezas.

Era bella, en efecto; esbelta, nerviosa, de talla superior al término medio, caderas de grácil redondez, talle cimbreante y senos redondos. Tenía también unos pies chicos dignos de ser la envidia de la más fina andaluza. El cuello era firme, pleno y delicadamente moreno, la cara ovalada, de expresión altiva y digna; el cabello negro, haciendo juego con el blanco mate casi trigueño de la faz; la nariz perfecta, la frente algo estrecha, los ojos radiantes y negros entre pestañas y párpados de suavidad maravillosa. Los labios, de dibujo fino, dejaban adivinar la sensualidad de la joven, algo coqueta.

Era hija de un geltilhombre español, muerto por haberse unido a los moriscos, y Conchita pensaba en el peligro que corría

su vida hallándose en manos de la Inquisición, y aceptó la muerte con valeroso estoicismo; pero si se trataba de morir, ¿qué significaban aquellos alardes de lujo? Meditando sobre ello, Conchita empezó a temerlo todo.

Aunque virgen, no tenía nada de tonta, y sospechó lo peor. En aquellos tiempos muchas jóvenes eran víctima de la brutalidad de la soldadesca desenfrenada; por otra parte, conocía Conchita la reputación de libidinosos que tenían los inquisidores y sus secuaces y no ignoraba los peligros a que estaba expuesta. Una virgen valerosa como aquella podía aceptar la muerte, pero difícilmente aceptaría la brutal violencia de un sátiro.

Recostóse, después de alejarse la luz, tras los ventanales amplios del aposento y entornó los ojos. Quedó dormida, y pasaron lentas las horas. De pronto sintió Conchita un roce suave sobre sus labios y un delicadísimo perfume. «¿Estaré soñando?», pensó entre complacida y alarmada... Se sentó con violencia después de experimentar la misma sensación en los labios, y vió que Torquemada en persona estaba ante ella blanco todo él, visible a la luz de unos candelabros.

—¡El inquisidor!—gritó la joven.

Le conocía por haberle visto presidir recientemente un auto de fe en Sevilla. Conchita se sintió impresionada por la presencia de aquel hombre todopoderoso cuyo nombre hacía temblar, y se arrodilló ante él después de hacer una reverencia.

—¿Qué trata de hacer conmigo?—preguntó a Torquemada—. Suplico a vuestra eminencia que me saque de aquí.

—¡Conchita!—dijo el fraile, tomando las manos yertas y frías de la víctima—. Ven a mi lado, acércate... Quiero ver de cerca tus ojos, esa garganta palpitante...

Y atrajo hacia sí a Conchita con un impulso tan violento, que ella no pudo oponer resistencia; con la mano izquierda, que deslizó por entre los senos de Conchita, el inquisidor se entretuvo en palparlos. Al sentirse manoseada por el fraile, Conchita lanzó un grito, apartándose violentamente de los brazos que la retenían y echó a correr hasta el fondo de la estancia. Torquemada frunció el ceño y, con la mirada sombría y el cuerpo estremecido por el deseo, se dirigió hacia ella.

Esta descripción era necesaria para saber de qué procedimientos usaba el inquisidor.

La víctima, preparada en la forma antedicha, con los sentidos despiertos y la amenaza, era llevada al lugar del tormento con objeto de que presenciara el aplastamiento de algún miembro o el crujimiento de algún hueso. Torquemada observaba el efecto de los martirios en la persona cuyas gracias apetecía, y cuando esta última caía desmayada hacía que la llevaran a un aposento separado. Allí era dueño el inquisidor de la carne que apetecía.

Y he aquí que Torquemada acudió a completar su horrible propósito. La víctima conoció a su verdugo y lanzó un grito. Entraron unos frailes y desnudaron a Conchita, retirándose inmediatamente. Sola y desnuda ante el gran inquisidor, se deseó la muerte, pero no tenía armas a su alcance. El monstruo se acercó a ella, la tendió en un lecho y, con el cinismo y la violencia del deseo, la desfloró. Una vez sosegado, dijo a Conchita:

—Me has hecho feliz, y tú lo has sido también.

Días después, el cuerpo de Conchita Saavedra ardía en la plaza pública de Sevilla, entre la chillería de una multitud excitada hasta la locura.

Junto a Torquemada pueden citarse los nombres de otros inquisidores no menos conocidos, como Valdés y Cristóbal Gálvez.

Este fué destituído, pero después de patrocinar y cometer atrocidades.

Había inventado un aparato de tortura que permitía violar a las mujeres que resistían, en cualquier posición que se encontraran.

Edmundo Cazal cuenta una de esas violaciones:

«Gálvez dijo a la esposa de un rico judío, Susana Rubén, que tenía cautiva: «Ten presente que puedo gozar de tu cuerpo cuando quiera y hacerlo colocar en un plano articulado que te obligará a colocarte como quiera». Cierto día consiguió tenderla sobre el lecho y empezó a acariciar su cuerpo, de Susana, con la mano izquierda, mientras con la derecha apretaba la garganta de la hebrea, que, aturdida, oponía débil resistencia a las acometidas; además, la víctima tenía los pechos colmados de leche, pues era madre, y sufría por la acumulación que se operaba en las mamas. El sátiro se excitó más y más por la resistencia de la hebrea, que en un movimiento violento separó las piernas, buscando puntos de apoyo en una barra de la cama, lo que aprovechó Gálvez para iniciar la violación mientras ella se defendía denodadamente. Como utilizara las manos para este me-

nester, Gálvez sujetó las muñecas a ambos lados del lecho, y en pocos momentos venció a la hebrea, pero no pudo poseer más que una mujer desmayada, porque al sentirse Susana vencida cayó en un profundo sopor.»

Se ve, pues, que falseó el principio de la expiación religiosa y que los poderosos impusieron sus iniquidades. Desde 1500 a 1816, es decir, en un espacio de tres siglos, se amontonaron innumerables víctimas en los negros subterráneos. En 1816 el Papa prohibió las torturas inquisitoriales.

Vemos en casos como el consignado a qué aberraciones y refinamientos se recurre para suscitar y aumentar el placer por medio del dolor. No cabe duda que el placer era objetivo de los inquisidores de sangre ardiente.»

Ahora bien, justo es consignarlo, no fué España sólo el país donde tuvieron lugar tan espantosas atrocidades: Alemania, y Francia sobre todo, fueron teatro de los más abominables crímenes cometidos por la Inquisición, cuyos hombres gozaban viendo sufrir a las víctimas, muchísimas inocentes, con una mezcla de placer sádico y religioso, este último derivado del convencimiento de que obraban con arreglo a los principios divinos.

Incluso muchos religiosos, santos varones que comprendían la religión como un hecho noble y humano, y que no podían transigir ante las atrocidades de los perversos, fueron inmolados en virtud de las denuncias que hicieron muchas monjas histéricas, que soñaban que eran violadas por aquellos sacerdotes. Así perecieron en la hoguera el sacerdote Gaufredi, cura de Marsella (1611), el abad Urbano Grandier (1632), los abates Boullé y Picard (1642), etcétera, a los que realmente adoraban aquellas mujeres, y que, a fuerza de pensar en ellos, se creyeron violadas y poseídas en orgías fantásticas.

Cuando las poseídas lo eran por el diablo, también confesaban sus delitos, que siempre acababan con el tormento y la muerte. Dice Icard que gran número de poseídas confesaban que, durante muchos años, tuvieron comercio con el diablo, «y hasta muchas de ellas se declaraban encintas de Satanás». En 1578 fué quemada una mujer en Ribemont, llamada Juana Herviller, la cual decía que su comercio con el diablo había empezado desde la edad de doce años.

Todas estas fanáticas que confesaban delitos sexuales, ya fuera con el demonio o con los sacerdotes, constituían el manjar más

apetecido de los inquisidores. En muchas ocasiones, cuando las jóvenes eran bellas, pasaban por la fase de la «purificación», y que consistía en que uno de aquellos frailazos, provisto de cualquier instrumento manual de tortura, las martirizase hasta haber purgado su delito, que, dicho de otra forma, no era más que la satisfacción de la sexualidad del religioso.

Las violaciones por medio de aparatos eran muy frecuentes, como en el caso que describe Cazal. Se trataba de una cruz en forma de aspa, provista de una almohada en el punto de intersección de los brazos y de unas unas barras de madera a la que se sujetaban las piernas en posición conveniente, es decir, de forma que la mujer presentase los muslos completamente separados, permitiendo así ofrecer toda la región vulvar. Huelga decir que la desdichada que era sometida a este método de violación no podía defenderse, permaneciendo completamente pasiva durante la bestial escena.

Después de esto, no había más que abrir las aspas del aparato para que el pobre cuerpo quedase destroncado en vivo. Estos espectáculos eran presenciados por los inquisidores en un estrado, sobre el cual había un Cristo Crucificado—imagen sadomasoquista religiosa—, presidiendo los horrores que aquellos chacales decían cometer en Su Divino Nombre...

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA. 5

EL GRAN SÁDICO GILLES DE RAIS

Datos bibliográficos.—Sus grandes triunfos militares.—Juana de Arco.—Las primeras persecuciones.—El proceso canónico.—Las confesiones espontáneas.—El pretexto religioso.—La alianza con los diablos.—El desfile de testigos.—La neurosis de Gilles de Rais.—Bibliografía.—Una orgía del sátiro.—La escena de la prostituta.—Su preferencia por los niños.—Las narraciones bretonas.—Las discusiones 9

EL VAMPIRISMO

Expresiones sadomasoquistas de la algolagnia sangrienta.—La embriaguez de la sangre.—El «devorar simbólico».—El mordisco.—Pruebas de la excitación de la sangre.—Las cacerías de los pueblos salvajes.—Vampirismo religioso.—La perversión y la costumbre.—Confesión de un sádico.—El crimen de un loco.—Vampirismo simbólico.—Los bebedores de sangre. La atracción del color rojo.—Una explicación racional 23

LA NECROFILIA

Su definición más apropiada.—El antiguo culto a los muertos.—La cohabitación tolerada con los cadáveres.—Concepto psicoanalítico. Se desconoce su base normal.—La influencia del hábito.—Varios casos célebres.—El vampiro de Muy.—Religiosos necrófilos.—El crimen del templo de Kamakura.—Un suceso en China.—El enfermero necrófilo.—Doña Juana la Loca. — Fantasmas necroeróticos. — Casas de prostitución.—Resumen 39

Páginas

PERVERSOS CRIMINALES

Variedades de la perversión criminal.—Actitud de la mujer.—Las envenenadoras.—La última noche de Cleopatra.—La criolla antillana.—La influencia del clima.—Los escándalos coloniales.—El suceso de las islas Hawai.—El capricho de una aristócrata egipcia.—Los «destripadores de mujeres».—El crimen del portugués.—Criminales famosos.—La perversidad refinada.—Las menopáusicas.—Las damas del orfelinato 55

LA ESCATOFAGIA

Diferencia entre el simbolismo y la escatofagia erótica.—El sadismo escatológico.—Aspectos del simbolismo.—Masoquismo ideal.—El entusiasmo erótico.—Actitud del escatófago. Razones psicológicas de esta perversión.—Su frecuencia con las prostitutas.—El fetichismo de las nalgas.—Su relación con la escatofagia.—Varios casos clínicos.—La escatología religiosa.—Supersticiones.—Virtudes de la orina 73

LOS INQUISIDORES

Casi todos los inquisidores fueron grandes sádicos.—Lo que dice uno de ellos.—La figura siniestra de Tomás de Torquemada.—Lo que opinan de España en Extremo Oriente.—La «propaganda» de los historiadores.—Una página del Cazal.—La pasión más violenta de Tomás de Torquemada.—Una virgen valerosa. Valdés y Cristóbal Gálvez.—Otro episodio sexual de la Inquisición.—Las poseídas del diablo.—Artefactos para violar 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA
El mariscal Gilles de Rais 16

LAMINA II
El proceso de Rais 17

LAMINA III
Ejecución del sátiro 32

LAMINA IV
India lengua del Paraguay 33

LAMINA V
«Toldería» lengua 48

LAMINA VI
Doña Juana la Loca 49

LAMINA VII
Perversidad algolágnica 64

LAMINA VIII
La escatofagia 65

En el próximo volumen

Presidios, regimientos y barcos

Cárceles de hombres.— Cárceles de mujeres.—La sexualidad en los cuarteles.—Dos meses entre los coloniales.—Noches de Surasia.—El amor en los barcos.